Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

¡PIEDAD para la TIERRA!

GEORGE H. WHITE.

George H. White

¡PIEDAD PARA LA TIERRA!



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO I

Desde el aeródromo municipal de Kansas City hasta el céntrico hotel en donde había recibido misteriosa cita, el automóvil en que viajaba el general Tarrant tuvo que avanzar a paso de tortuga por entre la multitud apretujada y bulliciosa que invadía las calles de la ciudad.

Eran las primeras horas de una noche de enero y hacía frío. Pero la muchedumbre que se arremolinaba en torno al coche no parecía sentirlo. Gentes de la más variada condición y edad; norteamericanos blancos, norteamericanos negros, soldados, caballeros de elegante porte, obreros con chaquetón de cuero, damas envueltas en pieles, amas de casa con una bufanda al cuello... ¡Todos reían, cantaban, se abrazaban, agitaban banderitas nacionales, bailaban en corro cogidos de las manos, gesticulaban, lanzaban puñados de «confeti», blandían botellas en el aire!

Sólo el delgado cristal de las ventanillas separaba a los ocupantes del automóvil de este mundo histérico, pueril, que hoy celebraba el fin de la Tercera Guerra Mundial. Pero no obstante la fragilidad de aquella lámina de cristal, Kirke Tarrant la sentía como un formidable muro de hielo entre su ánimo deprimido y la alegría insensata, frívola y estruendosa de aquellas gentes engañadas por el falso atractivo de las cuatro históricas palabras difundidas por la prensa y la radio de todo el mundo:

«La guerra ha terminado».

Sí. La guerra había terminado. Se acabó la horrenda carnicería, dejaron de oírse las ametralladoras y el terrorífico estruendo del cañón. ¡No más bombas atómicas ni de hidrógeno! Se había firmado la paz. El silencio caía sobre los campos de batalla, sembrados de cadáveres, sobre las grandes ciudades en ruinas, donde todavía se respiraba el hálito mortal de una intensa radioactividad.

¿Y ahora, qué?

Un rostro joven, de mujer, se pegó al cristal de la ventanilla e hizo muecas a los silenciosos tripulantes del automóvil. Kirke Tarrant sonrió mientras la muchacha se retiraba, porque también él era joven, a pesar de todo. La guerra y la responsabilidad inherente a la estrella que lucía en las bocamangas se lo hicieron olvidar muchas veces durante la conflagración, pero era joven. El general más joven de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

-¿De veras, general, que no tiene usted la menor idea del objeto de este viaje?

El rostro que se volvió hacia el profesor Hartley ya no sonreía. Una nube de tristeza ensombreció las correctas facciones del apuesto general. Sus inteligentes pupilas gris-acerado chispearon, y no ciertamente con malicia al contestar:

-Ya falta poco para llegar. Pronto verán ustedes al general Reagan.

El profesor Thornton alargó el cuello para mirar a Tarrant desde el rincón opuesto del automóvil y gruñó:

-¿Sabe, general? No me gusta nada esta atmósfera de melodrama que se respira junto a usted. Su forma de arrancarnos de Monte Palomar... ese fantástico vuelo de unos minutos desde California a Kansas... el misterio, la precipitación de este viaje... ¿acaso pueden augurar nada bueno?

-Apueste doble contra sencillo a que no, y gana usted -contestó Kirke Tarrant enigmáticamente.

Los dos sabios cruzaron una mirada de perplejidad. Y no insistieron. De todas formas parecía inútil hacerlo, porque el coche, hendiendo con lentitud el oleaje humano que se arremolinaba ante su radiador, se detenía en aquel instante ante el anuncio de neón de un hotel de primera categoría.

No fue fácil abrir las portezuelas contra la avalancha humana que presionaba contra ellas. Luego, mientras se abrían paso a codazos hasta la puerta del hotel, los viajeros se vieron estrujados, zarandeados y ensordecidos por la muchedumbre ruidosa, fraternal e insolente en el paroxismo de su entusiasmo.

En el «hall» del hotel, por contraste con el bullicio y el ruido de la calle, reinaba el orden y el silencio. Detrás de las puertas vidrieras montaban guardia dos soldados tocados con casco de acero, subametralladora al brazo.

El edificio del hotel había sido tomado entero por el Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, y a nadie se permitía entrar en él, a menos que perteneciera al mismo Estado Mayor o tuviera poderosa razón que justificara la visita.

Tarrant y sus dos acompañantes debían ser esperados, porque mientras el oficial de guardia les acompañaba apresuradamente hasta un ascensor, el oficial que ocupaba el mostrador de la conserjería empuñó un teléfono y avisó:

-El general Tarrant acaba de entrar en el vestíbulo. Ahora suben en el ascensor.

Unos segundos más tarde Tarrant y sus acompañantes salían del ascensor. Un joven coronel de las Fuerzas Aéreas, con mucho dorado y muchos cordones cruzándole el pecho, salió a su encuentro y les acompañó en silencio por el pasillo hasta una puerta que abrió echándose a un lado mientras decía:

-¡Pasen ustedes!

Los visitantes entraron en una habitación parcamente iluminada por un par de grandes pantallas situadas en los rincones. Procedentes del bien alumbrado corredor, los recién llegados permanecieron inmóviles, acostumbrando sus ojos a la escasa luz, en tanto se cerraba la puerta a sus espaldas con suave chasquido.

Un hombre estaba hablando. Este hombre era alto, fornido, y se encontraba de pie ante una ventana mirando a la calle a través de las persianas entreabiertas.

-Anuncios luminosos, bailes, himnos... Creen ellos que todo seguirá igual que antes... que será posible volver a restaurar sus ciudades, sus negocios y la forma de vida que llevaban antes de la guerra... ¿Quién les sacará de su error? ¿Quién les dirá la verdad... y cómo lo cogerán? ¿Cuál será su reacción al saber que, pese a ganar la guerra, han perdido todo aquello por lo cual lucharon: hogar... propiedad... bienestar... y quizá la propia vida?

El hombre alto y fuerte dejó caer la persiana, se volvió hacia los hombres que le miraban silenciosos desde los profundos sillones, medio envueltos en la semipenumbra, y gritó:

-¿Qué victoria es ésta que hemos dado a nuestro pueblo, caballeros? ¿Qué ha salido ganando la civilización occidental, si al aniquilar al enemigo que amenazaba con destruirla nos hemos destruido a nosotros mismos?

Un profundo silencio acogió las palabras del hombre. El profesor Thornton se izó de puntillas para alcanzar el oído de Kirke Tarrant y preguntó:

-¿No es el nuevo Presidente de los Estados Unidos?

El cuchicheo del geofísico llegó a oídos del propio Presidente, el cual se volvió hacia el grupo recién llegado y exclamó:

-¡Ah! ¿Ya está usted de vuelta, Tarrant? Acérquese. ¿Quiénes son estos caballeros?

-El profesor Thornton... el profesor Hartley... el Presidente de los Estados Unidos -presentó Kirke Tarrant.

El Presidente estrechó bruscamente la mano de los dos sabios y les acompañó hasta el único diván que aparecía desocupado. Hartley y Thornton se sentaron, un poco embarazados por la presencia de aquel Presidente dinámico, de cuya personalidad emanaba fuerza y decisión arrolladoras.

Kirke Tarrant hizo un movimiento para retirarse, pero el Presidente le retuvo con un imperioso ademán.

-No, no se vaya. También a usted le interesa lo que aquí se va a tratar -dijo el Presidente. Y volviendo su atención a los dos sabios agregó-: Les agradezco que hayan venido. ¿Tuvieron buen viaje?

Los dos sabios se miraron llenos de perplejidad y Hartley entreabrió los labios para decir algo, pero el dinámico Presidente de los Estados Unidos no le permitió pronunciar palabra.

-Bien, lo celebro -dijo. Y señaló a dos hombres que ocupaban sendos butacones-. Miren, les presento al profesor Fisher, bioquímico. Y al profesor Hudspeth, experto en Física Nuclear.

Siguió un breve intercambio de saludos a base de cabezazos. El Presidente volvió a tomar la dirección de la entrevista diciendo:

-El asunto que nos ha reunido aquí es grave. Digamos más bien... crítico. Para ser breves, y puesto que los profesores Hudspeth y Fisher ya han entregado su prolijo informe, el cual nos llevaría mucho tiempo volver a leer... ¡Bien! -el Presidente hinchó su amplio tórax aspirando el aire con fuerza y soltó a bocajarro-: ¿Saben ustedes algo acerca del «Strontium Noventa»?

El profesor Thornton y el profesor Hartley dieron simultáneamente un respingo.

-¿Saben algo? -insistió el Presidente.

-Sólo lo que algunos periódicos alarmistas han venido publicando en sus páginas de vez en cuando -se apresuró a contestar Hartley-. Ese... Strontium Noventa; tengo entendido es a modo de un producto de fisión que resulta de la deflagración... de la bomba de hidrógeno. ¿Me equivoco?

-No. No se equivoca usted -contestó el Presidente, el ceño fruncido, las manos unidas a la espalda, las largas piernas muy abiertas.

-Eh... creo... sí, eso es -siguió diciendo Hartley-: Hubo un dato que llamó poderosamente mi atención. Alguien aseguraba que bastaría el Strontium que cabe en la cáscara vacía de un huevo... convenientemente

repartido por todo el mundo... para acabar con toda la vida existente sobre la superficie de la Tierra.

-Cierto -dijo el profesor Hudspeth sonriendo blandamente-. Su memoria es excelente, profesor Hartley. Yo mismo escribí ese artículo hace algunos años.

-¡Oh, perdone! No sabía...

Hubo un breve, embarazado silencio.

-Bien -dijo el Presidente-. El caso es éste. Hace tiempo que la Ciencia conoce los peligros que entrañaba la utilización de las bombas de hidrógeno. Ya en mil novecientos cincuenta y seis se encontraron infinitesimales cantidades de «Strontium Noventa» en la leche y en los huesos de los niños. Se llevaron a cabo laboriosas investigaciones para determinar si la presencia de estas insignificantes cantidades de Strontium en la atmósfera podían amenazar de muerte a la humanidad, como sostenían algunos científicos a ejemplo del profesor Hudspeth.

El Presidente hizo un ademán en dirección al físico y prosiguió:

-Como ha venido ocurriendo desde que el mundo es mundo, los sabios no se pusieron de acuerdo. Yo llamaría a esto ignorancia de los científicos en materia tan nueva como la Física Nuclear... En fin, la Tercera Guerra Mundial comenzó antes que hubiera tiempo de poner en claro un asunto de tanta trascendencia... ¡y empezaron a explotar bombas atómicas y de hidrógeno a diestra y siniestra! No un par de ellas, sino por docenas... ¡por cientos! Nosotros y el enemigo competimos en ver quién las arrojaba en mayor cantidad, de mayor tamaño y con mayores efectos devastadores. Algunas voces se levantaron para anunciar el desastre en que a la postre caeríamos todos; vencidos y vencedores. ¿Pero quién podía oír aquellas llamadas al sentido común entre el infernal estruendo de las bombas de hidrógeno? ¡Oh, sí! Todos nos hemos portado magníficamente, bregando con denuedo para que la Humanidad entera se hundiera en la ruina y el caos. ¡Podemos sentirnos satisfechos de nuestra obra! ¡Hay ahora tanto «Strontium Noventa» en el aire que dentro de cinco años, a lo más tardar, no quedará sobre este insensato planeta ni una brizna de hierba, ni un ser humano; ni un rabo de lagartija moviéndose para indicar que aquí habitó en otros tiempos una raza de hombres ignorantes y estúpidos!

El Presidente de los Estados Unidos empezó a pasear furiosamente por la habitación, la barbilla sobre el pecho, las manos torturándolas enlazadas a la espalda.

Un estremecimiento de frío sacudió a Kirke Tarrant de pies a cabeza. Las palabras del Presidente no le pillaban enteramente de sorpresa. Él había sospechado algo... había oído algo... le habían insinuado algo... Pero tenía la esperanza que todo resultara una falsa alarma.

El aniquilamiento total de la vida sobre el planeta era algo demasiado

horrendo para ser aceptado como posible... así, de una vez. Anunciada por otra boca la inminencia de un desastre de tal magnitud, el joven general no lo habría creído nunca. Pero dicho por el Presidente y con el antecedente de las reuniones, llamadas, consultas y conversaciones que precedieron a esta declaración, Kirke Tarrant no podía dudar del buen juicio de los sabios allí presentes. Éste era precisamente el peso que sentía sobre el corazón al atravesar la ciudad en fiesta. ¡El «Strontium Noventa» pendía como una amenaza de muerte sobre aquel mundo inconsciente, entregado de lleno a la alegría de haber alcanzado la paz!

Hartley y Thornton quedaron como clavados a su asiento, siguiendo con ojos agrandados por el estupor las idas y venidas del Presidente a través de la habitación.

-Explíqueles a estos caballeros lo que ocurre, Fisher -dijo el Presidente por encima del hombro.

-Apenas es necesario añadir nada a lo que usted acaba de decir, señor Presidente -dijo Fisher-. Cantidades de «Strontium Noventa», con toda certeza suficientes para aniquilar todo vestigio de vida sobre la superficie del planeta, permanecen en suspensión en las altas capas de la atmósfera. La sedimentación, por llamarlo de algún modo, de este producto radioactivo, se efectúa con alguna lentitud...

-¡No toda la que nosotros quisiéramos! -exclamó el Presidente.

Fisher aguardó unos instantes, por si la máxima personalidad de los Estados Unidos tenía algo que añadir, y siguió diciendo:

-Hoy, después de cuatro años desde que comenzó la guerra, estamos empezando a respirar y a ingerir en compañía de los alimentos y las bebidas el «Strontium Noventa» de las primeras bombas de hidrógeno que se hicieron estallar al comenzar la conflagración. A este ritmo de sedimentación, todo el «Strontium Noventa» que se encuentra en suspensión tardará unos diez años en posarse sobre el suelo. Esto quiere decir que en un plazo de diez años no quedará sobre la Tierra el menor vestigio de vida vegetal. Pero incluso mucho antes, en un plazo de cinco años a lo sumo, las cantidades de «Strontium Noventa» depositadas en el suelo o contaminando el aire que respiramos serán tan importantes que basten para aniquilar toda la vida animal del planeta, y con ésta el género humano, por supuesto. Estos datos corresponden a los resultados de estudios muy precisos y se refieren a todo el mundo por igual. No es probable que resulten unas regiones del planeta menos afectadas que otras, ya que debido a su lenta «sedimentación» el polvo radioactivo es traído y llevado por las corrientes de aire esparciéndose por todas partes con regular uniformidad.

-¡Dios mío! -exclamó roncamente el profesor Hartley-. ¿Están ustedes SEGUROS?

Fisher puso cara de asombro. El Presidente contestó:

-Demasiado seguros, por desgracia. Todo lo seguros que se es necesario para buscar una solución a esta tragedia, por muy difícil y desesperada que parezca.

-¿Pero es que existe algún remedio? -preguntó el profesor Hartley.

-No hay nada capaz de evitar que el mundo quede despoblado de animales y plantas en el plazo de diez años, si es eso lo que quiere decir -contestó el Presidente con brusquedad-. Lo que estamos buscando ahora es la forma de salvar a la humanidad... o a parte de ella, al menos. Por eso les he mandado llamar a ustedes.

-¿A nosotros? ¡Cielos! -exclamó el profesor Hartley-. ¿De qué pueden servirles un viejo astrónomo y un geofísico en este trance?

El Presidente se detuvo ante los dos sabios y con las manos en los bolsillos del pantalón refunfuñó:

-Pues precisamente por eso, ¡qué caramba! ¿O no han comprendido ustedes todavía? Estamos proyectando evacuar la Tierra, sacar de aquí toda la gente que podamos y llevarla a otra parte... si es que hay alguna otra parte a donde podamos ir.

Thornton abrió los ojos de par en par. Hartley los entrecerró, quizás para que el Presidente no leyera en ellos lo que estaba pensando y preguntó recalcando cada palabra:

-¿Al decir «otra parte»... se refiere a «otro planeta», señor Presidente?

-Sí, y no veo razón para que se escandalicen de tal forma. Los viajes interplanetarios son perfectamente posibles ahora, gracias a esos aparatos llamados «orbimotores» que nos ayudaron a ganar esta guerra. Con cuatro o cinco años por delante, y dedicando todos nuestros esfuerzos a ello, podríamos construir una flota de grandes «orbimotores» de transporte capaces para evacuar hasta cinco mil personas de una sola vez. La cuestión estriba ahora en averiguar si existe algún planeta dentro de nuestro sistema solar en donde la Humanidad terrícola pueda hallar refugio.

La posibilidad de hacer un viaje interplanetario no era, con toda seguridad, lo que sorprendía a los profesores Thornton y Hartley. Éstos no sólo conocían la existencia de aquellas modernísimas aeronaves llamadas «orbimotores», sino que acababan de hacer a bordo de una de ellas el rápido viaje desde Monte Palomar a Kansas City volando a alturas y velocidades jamás alcanzadas antes por ningún otro aparato construido en la Tierra.

-Señor Presidente -contestó el profesor Hartley-. No existe en todo el Reino del Sol un planeta en donde las condiciones de vida se ofrezcan sólo medianamente favorables al terrestre.

-¡Oh, lo sé... lo sé! -exclamó el Presidente-. Sin embargo, me resisto a aceptar esa verdad como veredicto inapelable. Yo, profesor Hartley, no sé

nada de Astronomía, pero creo en Dios y tengo fe en la divina Providencia. Y le digo, que si al mismo tiempo que se nos señala un plazo para abandonar la Tierra se nos abren las puertas de los espacios siderales con el descubrimiento de unos aparatos capaces de volar de estrella a estrella, es porque Dios no ha señalado todavía el inexorable fin del mundo, y nos brinda una salida hacia la salvación. Ya sé que no existe en todo el Reino del Sol una segunda Tierra donde el hombre pueda habitar tan perfectamente como en su propio mundo de origen. Pero entre perecer o sobrevivir, siquiera sea sobrevivir en las condiciones más duras y penosas, nos decidiremos sin vacilar por lo último, luchando contra toda clase de dificultades para salvar la vida. Creo sinceramente que esta Humanidad nuestra merece un castigo. Y el castigo por medio del cual alcancemos el perdón de Dios puede ser muy bien el mismo doliente éxodo de la Humanidad a través de los yermos desiertos siderales hasta un planeta extraño, en donde el terrícola, para sobrevivir, tenga que afrontar a la misma muerte y soportar calamidades sin cuento antes que le sea dable regresar, ya limpio y purificado en el sufrimiento, al mundo cuyas bondades no supo apreciar antes en lo que valían...

El exaltado orador se detuvo para recoger la expresión de asombro de los dos sabios profesores que tenía en frente, sonrió con amargura y añadió:

-Sí, olvidé decirlo, dentro de un par de siglos, quizá antes, la radioactividad del «Strontium Noventa» habrá desaparecido por completo permitiendo que este mundo sea habitado otra vez. Por lo tanto, una colonia que pudiera sobrevivir en otro mundo, aunque fuera habitando en refugios especiales y por medios artificiales, contaría al menos con la esperanza de regresar algún día al mundo de sus mayores. Yo había pensado que quizá en Marte... -el acento y la expresión del Presidente denotaban verdadera ansiedad-. ¿Qué dicen ustedes?

El profesor Hartley y el profesor Thornton cambiaron una mirada de perplejidad.

-Francamente, señor Presidente -dijo Thornton-. Sus palabras nos pillan completamente desprevenidos. Nosotros ignorábamos... no veníamos preparados para contestar una pregunta como ésa.

La faz del Presidente se ensombreció. No era, evidentemente, un hombre a quien gustara demorar un asunto cuando éste revestía una importancia capital.

-Perdonen si ahora soy yo el sorprendido -dijo secamente-. Son ustedes astrónomos, ¿no es cierto? Durante toda su vida no han hecho otra cosa que observar el cielo a través de sus telescopios. Si su oficio es estudiar las estrellas debieran estar preparados para contestar cualquier pregunta que se les haga sobre ellas, en cualquier momento.

El incisivo ataque del Presidente dejó corridas a las dos eminencias

astronómicas, las cuales dieron evidentes muestras de inquietud.

-Bien -dijo Thornton, lastimado en su amor propio-. Pregunte usted, señor Presidente.

-Quiero que me contesten sin rodeos ni demasiados tecnicismos a esta pregunta. ¿Existe en el Reino del Sol algún planeta donde el terrícola pueda acomodarse?

-No hay en todo el Reino del Sol un solo planeta de características semejantes a las de la Tierra.

-Eso no es contestar a mi pregunta.

-Lo es -repuso Thornton con energía-. El terrícola no puede habitar en ninguno de los planetas vecinos. Ahora bien; si por «habitar» entendemos hacerlo en refugios especiales, herméticos, dotados de calefacción, con suficiente oxígeno para respirar y bastantes provisiones para subsistir... entonces, sí. El hombre puede habitar en cualquier parte, y ni siquiera necesita ir muy lejos en busca de lugar adecuado. Nuestro vecino más próximo, la Luna, serviría perfectamente para el caso.

-Mi querido amigo -contestó el Presidente-. Si la industria terrícola estuviera en condiciones de construir refugios para toda la Humanidad, la evacuación de la Tierra no presentaría otras dificultades que las de orden técnico. No es ése el caso, sin embargo. Tal y como han quedado las industrias del mundo después de la guerra no podemos soñar siquiera en habilitar refugios en la Luna ni en cualquier otra parte para más de diez millones de seres humanos.

-Yo creí que con salvar ese número nos sentiríamos satisfechos.

El Presidente sonrió con tristeza y dijo:

-No se trata de formar una especie de Arca de Noé con un puñado de gente y una pareja de cada especie de animales para salvarlos de la catástrofe y hacer que vuelvan a repoblar la Tierra más tarde. Esa especie de Arca será ciertamente nuestro último recurso, pero sólo el último. El sacrificio de mil quinientos millones de seres humanos es algo demasiado horrendo para pensar siquiera en ello. Antes removeremos el cielo hasta sus rincones más ocultos en busca de un mundo donde la criatura terrestre pueda habitar, siquiera sea en las condiciones más penosas y difíciles.

-Hace tiempo que la Ciencia busca ese mundo en vano, señor Presidente -hizo notar Thornton.

El Presidente de los Estados Unidos clavó en el sabio sus penetrantes, pupilas y dijo:

-Puede hacer la cuenta que la astronomía ha perdido lamentablemente su tiempo. Yo no aceptaré como irrefutable ninguno de sus argumentos en tanto los propios investigadores no hayan ido personalmente hasta aquellos mundos y comprueben por sí la falsedad o la certeza de sus asertos. Ahora, por fortuna, disponemos de medios para cruzar el espacio y viajar hasta

cualquiera de los planetas que giran alrededor del Sol. Pueden ustedes llegar a Marte para comprobar si efectivamente es un mundo sin aire y sin agua. Pueden penetrar la capa de nubes que rodea a Venus y ver lo que se esconde debajo. Y también pueden ir hasta las lunas de Júpiter, Saturno y Urano a fin de ver con sus propios ojos lo que ha permanecido oculto al alcance de nuestros más grandes telescopios. ¿Quién nos dice que en cualquiera de esos cuerpos celestes no hallaríamos los medios indispensables para salvar a la Humanidad?

El Presidente se interrumpió para mirar sucesivamente a Thornton y Hartley y agregó:

-Sí, sé lo que están pensando ustedes. Hay una sola probabilidad entre cien de que la Ciencia se haya equivocado en su dictamen referente a Venus y Marte. Las lunas de Júpiter y Saturno también han sido estudiadas a través del telescopio y parece haber pocas probabilidades de que se encuentre allí nada parecido al oxígeno. ¿Pero qué me dicen ustedes de Urano, donde al parecer se han descubierto rastros de clorofila? ¿Qué sabemos del pequeño Plutón, tan lejano que apenas aparece como una sutil raya de luz en las placas fotográficas más sensibles?

El Presidente se interrumpió mirando retador a los dos sabios científicos.

El profesor Hartley sonrió.

-No sabemos nada de Plutón, es cierto. Y muy poco de Urano -contestó-. Las probabilidades de que el terrestre pueda hallar en aquellos mundos condiciones de vida sólo ligeramente mejores que en Marte, parecen muy remotas. Pero, como usted ha dicho bien, no podemos dejar de cerciorarnos de ello sólo por pereza o pesimismo. En eso estamos de completo acuerdo.

-¿Entonces, querrán ustedes hacerse cargo de esa investigación yendo a explorar personalmente esos planetas?

-¿Si queremos? -El profesor Hartley se puso en pie y dijo con pupilas relampagueantes-: Desde que el hombre empezó a observar las estrellas, los astrónomos de todas las edades han soñado vanamente en poder viajar hasta alguno de aquellos lejanos mundos. A mí, personalmente, me hará el hombre más feliz del Universo poder realizar ese viaje. Y creo que el profesor Thornton comparte también mis sentimientos.

-Puede apostar a que sí -dijo Thornton poniéndose a su vez en pie.

-Entonces no hay más que hablar -dijo el Presidente volviéndose hacia Kirke Tarrant-. General Tarrant, a partir de este momento se pondrá usted con su Flotilla de «orbimotores» a las órdenes de estos caballeros.

Ésta fue la primera noticia oficial que tuvo Kirke Tarrant acerca de su próxima expedición interplanetaria. Y aunque había sospechado que esto tendría que ocurrir una vez u otra, la certeza de que iba a realizarla

enseguida le llenó de profunda emoción.

CAPÍTULO II

Ahora que la guerra había terminado no existía razón alguna para que siguiera manteniéndose el secreto en torno a las misteriosas aeronaves conocidas con el nombre de «orbimotores», palabra un tanto enigmática con la que intentaba designarse a unas máquinas capaces de trazar y mantener una «órbita» propia a despecho de la gravedad y los campos magnéticos del universo, sirviéndose para ello de sus propios y exclusivos medios.

Como años antes la bomba atómica, el «orbimotor» era el producto de los esfuerzos intensivos de la Ciencia estimulada por las necesidades de la guerra. Sabios de todo el mundo se dedicaron durante años a estudiar los gigantescos problemas que planteaba la creación de una máquina como el «orbimotor». Pero llegó la guerra, el gobierno americano invirtió fabulosas sumas de dinero, y como si el ingenio de los científicos se acrecentara, el problema se resolvió con rapidez.

El «orbimotor» era ya un hecho palpable, el sueño largamente acariciado por la Técnica, plasmado en maravillosa realidad.

Los visitantes a quienes se permitió acercarse a estos aparatos vieron unas máquinas extrañas, de aspecto más bien pesado y, aparentemente, muy poco apropiado para desarrollar las fantásticas velocidades que se les atribuía.

El «orbimotor» era por lo menos tan grande como un bombardero a reacción «B-47» y tenía la curiosa forma de la letra griega «omega» o, más comúnmente, la de una herradura cuyos extremos abiertos tendían a aproximarse, sin llegar a tocarse.

Esta herradura formaba a modo de un ala ancha y más bien gruesa, de bordes afilados, alrededor de un cuerpo central o cabina ovoide incrustada en medio y hacia atrás del original aparato. En sus extremos, la herradura formaba sendas toberas por las que, evidentemente, salían los gases que propulsaban por reacción a la aeronave.

En aquella soleada mañana de domingo, mientras el público se aglomeraba en torno a los curiosos aparatos, un nutrido grupo de periodistas interrogaba al general Kirke Tarrant en un pabellón próximo. Era ésta la primera vez que las Fuerzas Aéreas levantaban la severa censura que pesaba sobre cualquier asunto relacionado con la «Flotilla de Orbimotores», y el interés de los periodistas era, naturalmente, grande.

Los periodistas eran unos treinta en total y estaban sentados frente a la mesa del General. Kirke Tarrant estaba de pie tras la mesa, dando la espalda a un ventanal desde el cual se divisaban los «orbimotores» posados en la pista y el hormiguero de gente que daba incesantes vueltas en torno a ellos. Kirke vestía el más flamante de sus uniformes y aparecía realmente

magnífico a contraluz sobre aquel escenario que, inútil era decirlo, él mismo había escogido.

En la primera fila de sillas se encontraban sentadas tres mujeres. Una de ellas tenía el tipo clásico de la solterona. Las otras dos eran jóvenes y, de ellas, una vestía el uniforme del Cuerpo Auxiliar Técnico de las Fuerzas Aéreas. Ésta tenía unas piernas muy bonitas, por lo que Kirke podía ver, llevaba el severo uniforme con gentil elegancia, y debía ser guapa cuando se quitara las grandes y horribles gafas que ahora le daban un aire doctoral.

-Bien, caballeros... y señoritas -dijo Kirke sonriendo a la rubia de las gafas-. Les supongo impacientes por hacerme las mil y una preguntas. Posiblemente podré contestar algunas de ellas si no me marean hablando todos a la vez.

Uno de los periodistas levantó una mano.

-Perfectamente -dijo Kirke-. Pregunte usted.

-Durante el último año de guerra los «orbimotores» han sido, incluso para los norteamericanos, una especie de aviones fantasmas rodeados de una escalofriante aureola de misterio y poder. El público conoce la mayoría de las hazañas realizadas por estos aparatos, pero nada de los propios aparatos. ¿Son en verdad tan poderosos? ¿Pueden, por ejemplo, elevarse incesantemente hasta escapar del campo de atracción de la Tierra y llegar hasta la Luna?

-Pueden, sin duda alguna. Para el «orbimotor» no existe «techo» alguno. Con su dispositivo electromagnético crea lo que nosotros llamamos «un campo de fuerza», y que es ni más ni menos que una pérdida total de peso. Neutralizada así la fuerza de gravedad, bastaría un ligero empujón para que el aparato se alejara escapando de la zona de la atracción terrestre y se adentrara en el espacio cósmico. En la práctica, un ligero empujón no basta, pues hay que contar con la resistencia del aire, al menos en los primeros doscientos kilómetros de recorrido. Pero la fuerza necesaria para vencer esa resistencia es insignificante, y el «orbimotor» posee un equipo propulsor para vencerla con mucha ventaja.

Los periodistas se miraron unos a otros con asombro, se inclinaron sobre sus cuadernos y escribieron con rapidez.

Después de un breve silencio, uno de los muchachos se puso en pie y preguntó:

-Si el «orbimotor» no tiene límite en cuanto a la altura que puede alcanzar, ¿ocurre lo mismo con su velocidad?

Kirke Tarrant fulminó al periodista con una mirada de compasión.

-Naturalmente que existe un límite para la velocidad del «orbimotor», lo mismo que para todos los cuerpos celestes. Si yo saliera al espacio libre con mi «orbimotor», llevando una velocidad de impulsión de diez metros por segundo y mantuviera el regulador abierto, la velocidad de mi aparato

aumentaría como el cuadrado de los tiempos empleados y, sin aire que me frenara por delante, acelerando de segundo en segundo, acabaría por sobrepasar la velocidad de la luz. Esto, al menos, es lo que nos dice la mecánica clásica. Pero tal cosa no es posible y se demuestra matemáticamente que un cuerpo no puede tener nunca velocidad superior a la luz. Hay algún fenómeno físico o electromagnético, inherente a la materia o al espacio, que actúa de freno absoluto e impide sobrepasar esa velocidad. Por lo tanto, amigo mío, ÉSA es la velocidad máxima de un «orbimotor».

-¡Dios mío, que complicado es todo esto! -exclamó la solterona envolviendo a Kirke en una mirada de admiración-. Uno tendrá que ser un científico de la talla de Einstein para saber manejar esos horribles aparatos, ¿verdad?

Kirke vio sonreír burlonamente a la muchacha de las gafas y enrojeció.

-Bueno, bueno... no tanto, amiga mía. No tanto -murmuró dándose tirones al faldón de la guerrera.

-Usted no es un científico puro, ¿verdad general? -preguntó uno de los hombres-. Según tengo entendido, estudió en Annapolis y fue marino antes que aviador.

-Hablemos de usted mismo, General -rogó la periodista solterona.

Kirke sabía que los periodistas acabarían indagando acerca de su propia vida. Por lo tanto no se molestó en hacer falsas demostraciones de modestia y dijo:

-Bueno, no hay mucho que contar. Mi infancia fue feliz. Pertenecía yo a una familia de tradición marinera, me crié entre maquetas de viejos veleros y vapores, y antes supe lo que significaba «estribor» que «echar por la derecha». Al tener la edad reglamentaria, como era natural, ingresé en la Academia Naval de Annapolis. Tenía yo cierto espíritu contradictorio, independiente lo llamaba mi madre, y por dar en la cabeza a todos los que en la familia navegaron sobre el agua me enrolé en la Flota Submarina

Kirke se interrumpió un momento mientras se escuchaban algunas risitas. Luego continuó:

-Concluidos mis estudios me destinaron al servicio en una unidad de la Armada. Apenas llevaba un año navegando cuando se solicitó personal para el adiestramiento de tripulaciones destinadas a los submarinos de propulsión atómica. Me ofrecí voluntario, fue admitida mi solicitud, y me llevaron a practicar estudios especiales en el Centro Experimental Atómico de Arco, allá en el desierto de Idaho, donde se construían los motores atómicos para submarinos y barcos de superficie. Pero la guerra estalló de pronto, los submarinos atómicos fueron cazados uno tras otro por el enemigo, y se suspendió la construcción de navíos de esta clase.

Kirke entornó los ojos evocando aquellos episodios y continuó:

-La nación no lo supo, pero fueron unos días difíciles para los Estados Unidos. Sólo muy pocos estábamos enterados de las acaloradas disputas que tenían lugar en el mismo seno del Estado Mayor, entre la Marina y las Fuerzas Aéreas. Quería la armada seguir construyendo submarinos atómicos en gran escala. La Aviación abogaba por poner todos los huevos en un cesto y jugárselo todo en el logro de unas aeronaves capaces de volar a alturas donde ningún caza o proyectil interceptor podría llegar...

-Conocemos ese episodio, general Tarrant -aseguró un periodista.

-Todos sabemos que el Gobierno se inclinó a favor de las Fuerzas Aéreas depositando sus esperanzas en la construcción del «orbimotor». Ahora, el «orbimotor» constituye el triunfo más resonante del tesón y la técnica estadounidenses. Pero una cosa quisiéramos saber, general. ¿Cómo, siendo usted oficial de la Armada, ha llegado a mandar la «Flotilla de Orbimotores»?

Kirke Tarrant sonrió.

-Sabía que me preguntarían eso. Bueno. La cosa tuvo su gracia y ocurrió así. Los «orbimotores» gastan cantidades fantásticas de electricidad para crear sus campos magnéticos de fuerza. Esta electricidad, por supuesto, tiene que ser fabricada por el propio aparato. La pila o reactor atómico reunía en sí tres cualidades insustituibles; era poco voluminosa, económica, y funcionaba a cualquier altura sin consumir oxígeno. Por lo tanto la pila atómica fue adoptada para equipar los nuevos aparatos. Y entonces se pensó que, si el «orbimotor» se conseguía antes que las nuevas dotaciones de aviadores estuvieran listas, se utilizaría a los marinos, originalmente destinados a tripular submarinos atómicos, para que se hicieran cargo de los «orbimotores».

-¡Pues debe haber mucha diferencia entre navegar en un submarino y hacerlo en un «orbimotor»! -exclamó otro periodista.

Y Kirke contestó:

-Bueno. Al fin y al cabo, tan distinto es el «orbimotor» de un submarino como de un aeroplano convencional. Aviadores y marinos éramos completamente extraños a esta aeronave revolucionaria, y nosotros teníamos la ventaja de tener concluido el adiestramiento especial cuando el primer «orbimotor» se remontó en el aire.

-¿Fue usted mismo quien probó aquel primer aparato?

-Sí. Yo fui uno de los primeros hombres que se elevaron con un «orbimotor» por encima de la atmósfera terrestre, y puedo asegurarles que el hecho me emocionó. En aquel mismo instante comprendí que se iniciaba una nueva era; aquella en que el hombre, dominando las leyes de la mecánica universal, podrá no sólo trasladarse con seguridad y rapidez de un punto a otro de su propio planeta, sino también desde su planeta al resto del sistema solar.

-Entonces -preguntó la periodista de las gafas-. ¿Son fundados los rumores de que está preparándose una expedición interplanetaria para fecha próxima?

Kirke Tarrant miró sorprendido a la periodista, porque los preparativos para la expedición interplanetaria constituían un riguroso secreto y creía que no había transcendido al público.

-Una expedición interplanetaria es un hecho inminente, e incluso lógico, ahora que ha terminado la guerra y disponemos de los «orbimotores» -contestó Kirke evasivamente-. Pero no es cierto que se está preparando esa expedición en los momentos presentes. Nuestros «orbimotores» no son, propiamente, vehículos interplanetarios. No fueron construidos para ese fin, y habría que reformarlos antes de mandarles al espacio. Lo más seguro es que se deje a los «orbimotores» tal como están y se construyan otros especialmente diseñados para la navegación interplanetaria.

Kirke lanzó una nerviosa ojeada a su reloj.

-Y ahora, si me lo permiten -dijo- voy a dejarles. Tengo una cita en otra parte para dentro de un minuto.

Los periodistas se pusieron en pie, haciendo destellar por última vez contra la cara de Kirke el relámpago de sus cámaras fotográficas, y abandonaron la sala.

Kirke se quedó un momento admirando por la espalda la esbelta figura de la periodista de las gafas y luego fue a reunirse con el profesor Hartley en otro despacho del mismo edificio.

-Buenos días, profesor -contestó Kirke al saludo de Hartley-. ¿Y Thornton?

-Tuvo que ir a Topeka para dar instrucciones personales a los fabricantes de las escafandras. Esperamos tener reunido todo el equipo para dentro de otro par de semanas.

-A mí me parece que complican ustedes demasiado las cosas -refunfuñó Kirke-. No eran indispensables tantos detalles para llegarse hasta Marte y echarle un vistazo.

-No, si tuviéramos que limitarnos a ir allá y echar una mirada a través de los cristales de la cabina. Pero ya sabe usted. El Presidente quiere que desembarquemos... que palpemos aquello con nuestras propias manos, hasta adquirir la certidumbre de que no es posible habitar allí.

-A propósito del Presidente. ¿Sabe usted a qué viene ese empeño suyo en mantener oculto nuestro viaje? ¿Por qué no avisa a la gente de una vez del peligro que se cierne sobre la Tierra?

-Tengo entendido que el Gobierno ha encomendado otra serie de investigaciones, aún más laboriosas, a otro grupo de científicos. El asunto es demasiado serio para correr el albur de un error. El señor Presidente

insiste en adquirir la certeza absoluta de que no hay otra salida que evacuar, antes de notificar al mundo esa tremenda noticia. Y aún entonces es probable que siga manteniendo el secreto, al menos hasta que regrese nuestra expedición con resultados concretos acerca de lo que puede hacerse.

-Pues va a resultar un secreto a voces. Una muchacha periodista acaba de preguntarme si eran ciertos los rumores de que preparábamos una expedición interplanetaria.

-Me sorprende que haya podido correrse la voz... tan pronto.

Kirke miró al astrónomo con suspicacia y exclamó:

-¡Oh, a mí no! Hay demasiada gente en posesión del secreto. Consejeros, militares, senadores, científicos, aviadores... y esa ristra de astrónomos y auxiliares de astronomía que vamos a llevar con nosotros. Y no es que a mí me importe. Sólo que me molesta andar con secretos cuando el secreto ya no existe.

-De todas formas tenemos instrucciones de no divulgar la noticia y no podemos contravenirlas... aunque sea del dominio de perros y gatos. Hablando de todo, ¿cómo andan los preparativos de la Flotilla?

-Mis aparatos están listos para salir en cualquier instante. No había grandes reformas que hacer en ellos, excepto desembarazar los depósitos de bombas y poner en ellos más tanques de agua. ¿Tiene usted confeccionada ya la hoja de ruta?

-Sí. Como los aparatos de la Flotilla son veinticuatro, vamos a mandarlos por parejas a Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Plutón. Usted y yo nos reservaremos una de las rutas más largas, o sea la de Urano.

-¡Caramba! ¿No podía haber escogido la de Marte para nosotros?

-Tengo personal interés en explorar Urano y sus satélites. La astronomía lo sabe todo acerca de los restantes planetas del sistema solar, y no hay ni una probabilidad entre mil de que nos hayamos equivocado en nuestro dictamen. Sólo de Urano, o de sus lunas para ser más exactos, cabe esperar alguna sorpresa. De no ser así...

Hartley enmudeció haciendo un vago ademán.

-¿Sabe, profesor? -murmuró Kirke pensativamente-. Estamos hablando a todas horas de ello, y me parece mentira que la vida tenga que ser aniquilada en toda la redondez del planeta. ¿No es terrible?

-Lo será, sobre todo si Dios no se apiada de nosotros concediéndonos un pedazo de mundo donde poder parar. Pero no debemos ser pesimistas. En último extremo, al menos una buena parte del pueblo americano podrá sobrevivir sobre las rojas arenas de Marte.

-¡Oh, sí! -exclamó Tarrant-. El pueblo norteamericano ha sido siempre afortunado. Hemos tenido las mejores tierras, la industria más potente y el más alto nivel de vida de todo el mundo. Como somos ricos podemos

permitirnos el lujo de cambiar de residencia cuando el viejo caserón terrestre amenaza ruina. Y esto no es justo, profesor Hartley. Nosotros somos responsables al menos de la mitad del daño infligido a la Humanidad. ¿Y qué hacemos ahora? Dejamos a nuestros amigos y parientes pobres que carguen con el muerto y nos largamos en busca de aires frescos.

-¿Y qué quiere usted? -exclamó Hartley-. El altruismo se acaba cuando hay que sacrificar la propia vida o la ajena. ¿O cedería usted su puesto en esa futura arca de Noé a un indostánico o un chino?

-No, y eso es lo terrible. Sé que no podría hacerlo. ¿Pero sabe lo que le digo, Hartley? Los descendientes de norteamericanos que dentro de un par de siglos regresen al solar terrícola no podrán sentirse muy orgullosos de nosotros. No nos salvamos por ser los mejores, sino por la suerte que tuvimos al venir a dar con la tierra más feraz del Globo.

-Sí, eso es cierto -murmuró Hartley-. Algo así debió pensar nuestro Presidente al encomendarnos la misión de buscar un sitio donde poder evacuar a todo el mundo. Ya que no sacrificarnos nosotros mismos, algo debemos hacer por el resto del mundo. Y ese algo lo tenemos que hacer usted y yo, Tarrant. Tenemos que buscar y hallar ese oasis en el desierto cósmico que nos rodea... o jamás disfrutaremos paz interior mientras vivamos.

Kirke Tarrant asintió, visiblemente impresionado. Su mirada centelleante, atravesando los cristales de la ventana, fue a caer sobre la «Flotilla de Orbimotores» posada en la pista.

-Sí, tenemos que encontrarlo -murmuró.

Y deseó que las dos semanas que faltaban hubieran transcurrido ya, y encontrarse a bordo de su «orbimotor» surcando el espacio infinito en demanda de la isla cósmica, el mundo todavía inexplorado, que acogería clemente a la desdichada Humanidad.

CAPÍTULO III

La voz del comunicante, brotando del amplificador de la radio, llenó la silenciosa cabina de mando:

-¡Aló, Tarrant! Nave orbital cuatro comunica. Mi navegante informa que hemos llegado a la encrucijada. ¿Me escuchas?

Kirke Tarrant alargó la mano sonriendo para tomar el micrófono.

-¡Hola, Tom! Sí, te estoy escuchando. No había visto el cartel indicador. ¿Es ésa la carretera que lleva a Júpiter?

Del tornavoz surgió una risita seguida de las palabras:

-Lo pone bien claro. «A Júpiter, quinientos millones de kilómetros. Todo derecho, no hay pérdida».

-Espera, voy a llamar al profesor Hartley por si tiene que cambiar alguna última impresión al profesor Thornton.

El profesor Hartley entraba en aquellos instantes metiendo los pies a cada paso en las asas de correa clavadas al piso.

-El destacamento para Júpiter anuncia haber alcanzado el punto donde debemos separarnos -anunció Kirke tendiéndole el micrófono.

Hartley, que vestía un sencillo mono de franela azul marino cerrado a los tobillos y en las muñecas, se dejó caer en el vacío asiento del copiloto y tomó el micrófono.

-¿Thornton? Aquí Hartley.

La fuerte voz del geofísico brotó del tornavoz.

-Hola, Hartley. Nuestro camino se separa aquí. Estamos virando ya. Forzoso será que nos despidamos porque la comunicación por radio no tardará en hacerse defectuosa.

-Sí, vamos a tener que despedirnos -murmuró Hartley visiblemente emocionado. Y enmudeció.

La radio permaneció unos momentos silenciosa. Luego, la voz grave de Thornton dijo:

-Bueno, Hartley. El imposible se realiza. Ya estamos en aquel camino celeste que tantas veces recorrieron nuestras miradas desde el telescopio de Monte Palomar. Sólo Dios sabe qué clase de destino nos ha deparado pero, cualquiera que éste sea, podemos sentirnos dichosos al haber realizado el más grande de nuestros sueños. Ahora, Hartley, sólo me resta decirle que me siento muy honrado de haber trabajado con usted compartiendo las satisfacciones y las contrariedades de los años que estuvimos juntos.

-Gracias, Thornton. También para mí ha sido constante motivo de satisfacción trabajar en su compañía. Yo... bueno, creo que me estoy emocionando un poco tontamente. Al fin y al cabo, pronto volveremos a vernos.

-¡Oh, claro! ¡Pronto volveremos a vernos! Y entonces sí que tendremos

material de primera mano para estudiarlo juntos. En fin, el Coronel me está haciendo señas para que termine de una vez. ¿Quiere algo para el gigantesco Júpiter, profesor Hartley?

-Sólo que me obtenga un buen film de él y sus satélites. ¡Buena suerte, Thornton!

-¡Adiós, buen viaje, Hartley!

Hartley devolvió el micrófono al general Tarrant. Kirke lo tomó y dijo:

-Bueno, Tom. Entre nosotros todo queda dicho. Buen viaje y... ¡ten cuidado con las piedras del camino!

-Lo mismo digo, Kirke -contestó el coronel-. ¡Les hablaré de ti a las chicas guapas que encuentre en las lunas de Júpiter!

-Pues ve con ojo. ¡No vayan a resultarte pulpos! -gritó Kirke sonriendo. Y cortó.

La cabina volvió a quedar quieta tras las últimas palabras de Kirke Tarrant. No se escuchaba ningún ruido de motores, ni se experimentaba tampoco ninguna sensación de velocidad.

Sin embargo, se encontraban a bordo de un «orbimotor» lanzado como un meteoro a través del insondable abismo cósmico. Hacía solo treinta horas que despegaron del aeródromo municipal de Kansas City, en plena noche, y acababan de cruzar la órbita de Marte.

A Kirke, el sólo pensar en la tremenda velocidad que llevaban le producía escalofríos.

De pronto se dio cuenta que sentía auténtico y verdadero frío. Miró al profesor Hartley, que permanecía silencioso y pensativo en el confortable sillón del copiloto, y se volvió hacia el rincón donde Abe Ellis, sargento telegrafista, entretenía su ocio resolviendo un crucigrama.

-Abe. ¿Me lo parece a mí o ha descendido la temperatura?

El sargento alzó los ojos hasta el termómetro que colgaba de la pared.

-Pues sí -contestó-. La temperatura ha bajado. Otra vez se ha atascado este maldito termostato.

-Saque uno nuevo del pañol y cámbielo -refunfuñó Kirke.

El sargento desabrochó la hebilla que le retenía sujeto al asiento y se puso en pie con mucho cuidado, ya que debido a la falta de gravedad bastaba el más pequeño movimiento brusco para que el astronauta fuera a chocar contra el techo.

Metiendo las puntas de los pies en las asas de cuero que cubrían todo el piso de la cabina, el sargento fue hasta una trampa situada detrás de los sillones de los pilotos y la levantó. Kirke Tarrant observó la pantalla del radar situada enfrente de él, un poco alto.

De pronto, el sargento lanzó una exclamación ronca. Kirke se volvió en su asiento con alarma... a tiempo de ver cómo una figura humana subía pataleando y flotando en el aire como un globo para ir a chocar

blandamente contra el techo de la cabina.

El sargento Ellis, el profesor Hartley y Tarrant se quedaron mirando con la boca abierta al inesperado visitante, en tanto éste tendía las manos y gritaba con voz aguda:

-¡Socorro! ¡Bájenme de aquí!

Kirke quedó unos segundos paralizado por la sorpresa. Luego intentó saltar del asiento pero las correas que le sujetaban en él se lo impidieron.

-¡Coja a ese tipo, Ellis! -bramó.

El sargento levantó la mano, asió al individuo aquel de una pierna y tiró de él haciéndole bajar hasta el piso, donde lo tendió sentándose encima.

Kirke, entre tanto se había desembarazado del cinturón de seguridad, se acercó a donde el intruso pataleaba y golpeaba el suelo con las manos, gritando insultos contra el sargento sentado sobre sus riñones.

-¿Polizón tenemos, eh? -bramó Kirke-. ¡Póngalo de pie, Ellis!

-¡Grosero, mal educado!

La voz, los cabellos rubios y la redondez de las caderas ceñidas por un «mono» de mecánico eran las de una mujer.

-¡Si es una muchacha! -exclamó el sargento agradablemente sorprendido.

La mirada que Kirke Tarrant dejó caer sobre el polizón hubiera sido capaz de fulminar a un búfalo. La muchacha, sin embargo, se quedó tan tranquila en tanto se apartaba con coquetería una greñita de la cara y decía:

-¡Hola, general! Tanto gusto en volverlo a ver.

-¡No la conozco! -barbotó Kirke, conteniendo a duras penas su deseo de abofetear aquel rostro bonito e insolente-. ¿Quién es usted? ¿De dónde sale? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo consiguió introducirse a bordo? ¡Conteste!

Kirke asió a la joven por un brazo y la zarandeó.

-¡Eh, poco a poco, general! Quíteme esas garras de encima... ¡me está haciendo daño!

Kirke la soltó y rugió:

-¡Le voy a deshacer esa cara a puñetazos si no me dice...!

Con gesto de dignidad ofendida, la muchacha extrajo unos lentes del bolsillo del pecho del «mono» y se los puso. Kirke la reconoció enseguida con el aditamento de las gafas.

-¡La muchacha periodista! -exclamó.

-Mi nombre es Helen. Miss Helen Spur, general Tarrant -anunció ella con desparpajo.

-¿Bueno, y qué? -gritó Kirke furioso-. ¿Cree que eso mejorará su suerte? ¡La voy a tirar por la borda... va a tener que regresar a patita a la Tierra!

-¡Oh, no puede usted obligarme a ello! Me leí «De la Tierra a la Luna», de Julio Verne, antes de embarcarme en esta expedición. Si usted me arroja

fuera de su «orbimotor» yo les seguiré por mucho que corran, porque siendo este aparato el cuerpo celeste más próximo me arrastrará consigo debido a su fuerza de gravedad...

Kirke Tarrant se la quedó mirando con sorpresa, y ella añadió:

-Ya ve. Ésa es la ventaja de haber adquirido cultura astronáutica. No pueden deshacerse de mí. Yo moriré hecha un sorbete en el espantoso frío sideral que reina ahí fuera, pero mi cadáver les seguirá como un fantasma a donde quiera que vayan.

-¡Oh! -rugió Kirke-. ¡Es usted una descarada, una idiota, una...!

-Conserve la calma, general -intercedió el profesor Hartley-. La señorita está aquí y eso ya no puede evitarse. ¿Que se le va hacer?

-¡Oh, maldita sea! Esto tenía que ocurrirme a mí.

-¿Pero qué cosa tan grave le ha ocurrido, hombre de Dios? -exclamó Hartley sonriendo-. Resulta que contamos con un miembro más en la tripulación, eso es todo. Pero nadie va a morirse, ni la expedición va a fracasar por tan poca cosa.

Kirke Tarrant contempló torvamente a la joven. Mientras tanto y atraídos por los gritos del general, tres hombres habían llegado y contemplaban risueñamente a la periodista desde la puerta del mamparo que separaba la cámara de derrota del compartimiento de las literas.

Estos hombres eran el comandante Scurry, copiloto, de estatura más bien baja, fornido, con cara de boxeador y pobladas cejas que se unían en el entrecejo; el capitán Porter, oficial navegador, rubio, alto, distinguido, con aire de intelectual; y un joven de regular estatura, pelinegro, de rasgos marcadamente meridionales, ojos ardientes y movimientos nerviosos, que respondía al nombre de Milford y se encontraba a bordo en calidad de ayudante del profesor Hartley.

-Señorita -anunció Kirke con voz fuerte-. Hemos llegado demasiado lejos para volver atrás. Vendrá usted con nosotros, pero haré que la fusilen cuando regresemos a los Estados Unidos.

-¡Sabré morir con valentía! -prometió la muchacha con grave énfasis. Y se escuchó una carcajada.

Kirke Tarrant se volvió hacia Scurry, autor de aquella explosión de hilaridad. La risa quedó estrangulada en la garganta del comandante, y así también se borró del rostro de Porter la sonrisa risueña que lo iluminaba.

-Perdone, general -murmuró Scurry gravemente-. No pude evitarlo. Yo opino...

-Nadie le ha pedido su opinión, Scurry -contestó Kirke secamente. El comandante plegó con fuerza los labios y Kirke concluyó-: No veo que el asunto tenga la menor gracia. Todavía está en vigor la ley marcial que prohíbe a una persona extraña introducirse a bordo de un «orbimotor» bajo la pena de muerte. A la señorita -Kirke se volvió a mirar a la periodista-,

puede parecerle muy divertido esto de colarse de polizón, pero la verdad es que nadie podrá salvarla de compadecer ante un Consejo de Guerra.

Miss Spur empalideció bajo la ominosa mirada del general Tarrant, el cual le preguntó:

-¿Cómo consiguió introducirse a bordo?

-Me metí dentro de una caja de madera con la ayuda de un compañero. La caja estaba con otras en el almacén del aeródromo de Kansas City, lista al parecer para ser llevada a bordo de alguno de los «orbimotores». Levantamos la tapa, yo me introduje en la caja y mi amigo la volvió a clavar. Poco después entró gente en el almacén, sentí cómo me transportaban en una carretilla, y luego cómo me estibaban en alguna parte. No sabe cuánto lamento haber venido a dar precisamente en el aparato de usted.

-¿Cree que su suerte hubiera sido mejor de ir a parar a otro cualquiera de los «orbimotores»? -repuso Kirke-. Pero antes de seguir adelante contésteme a esta pregunta. ¿Qué había dentro de la caja donde usted se escondió?

-Diverso material envuelto en paja. Algo que parecía un telescopio muy voluminoso, una cámara fotográfica y algunas cosas más.

-¡Mi tomavistas telescópico! -exclamó el profesor Hartley-. ¿Qué hicieron con él?

-Lo dejamos escondido en un rincón del almacén.

-¡Oh...! -gimió el astrónomo. Y se quedó mirando a la muchacha severamente.

-¿Le era imprescindible ese aparato? -preguntó Kirke.

-¿Decía usted? ¡Ah, bueno! No demasiado. Espero que podamos pasarnos sin él -murmuró Hartley.

-Es usted una monada de criatura -dijo Kirke a la muchacha-. ¿Era tan importante que viniera con la expedición?

-Para mí sí lo era. O, al menos, usted mismo hizo que me lo pareciera. Negó que estuvieran preparándose para una expedición interplanetaria. Aseguró que estos aparatos no eran apropiados para un viaje al espacio, y eso me escamó. Porque yo sabía que habían encargado con urgencia cierto número de equipos especiales para soportar bajas temperaturas y la carencia total de oxígeno.

-¿Así que lo supo?

-¡Claro! El fabricante de Topeka a quien encargaron esas escafandras era mi padre.

-¡Que interesante!

-Mucho, para mí. Me dije que puesto que los «orbimotores» no eran apropiados, y sin embargo iban a realizar esa expedición con ellos, algo muy sabroso debía estar cociéndose en secreto. Y ello me decidió a intentar

colarme de polizón.

Kirke la contempló bajo diferente punto de vista. Por mucho que le enojara la presencia de la muchacha a bordo del aparato, forzosamente había de reconocer que no le faltaba decisión ni intrepidez.

-Bien -dijo-. Ya está usted embarcada en la primera expedición del Hombre al Éter. Espero que no tenga que arrepentirse. ¡Porter! Éste es su turno. Tome el mando y ponga en marcha el reactor. Ya hemos dejado atrás la zona de peligro de los asteroides.

El capitán Walter Porter fue en silencio a ocupar el asiento que Kirke había dejado vacío. Kirke añadió:

-La vida seguirá a bordo igual que si no existiera este polizón. No habrá contemplación alguna para usted, miss... ¿cómo dijo?

-Spur. Helen Spur.

-Helen Spur -masculló Kirke-. ¡Ande derecha para la cocina y demuestre que sirve para algo más que crear dificultades! Va a tener que sudar ese pasaje hasta Urano y regreso.

-Venga -dijo el comandante Scurry-. Yo le indicaré el camino.

El comandante y la periodista marcharon en dirección a la cocina, haciéndolo ella con mucha torpeza por falta de práctica en aquello de ir metiendo las puntas de los zapatos en las asas de que estaban sembrados los pisos de la cabina.

Kirke Tarrant, el profesor Hartley y Herbert Milford les siguieron solamente hasta el compartimiento de literas que, mediante el expeditivo procedimiento de cubrir éstas con cortinillas, hacía también las veces de comedor.

La tripulación, que tenía a orgullo sus antecedentes marineros, decía «el rancho» al referirse a este compartimiento, de la misma forma que siempre decía «buque» en vez de avión u «orbimotor», y «flotilla» en vez de escuadrilla al conjunto de aparatos por ellos tripulados.

Cuando los tres hombres llegaron «al rancho» se hizo sentir el suave empuje que los motores proporcionaban a la nave, y con ello se creó una fuerza de inercia constante contra el suelo que venía a sustituir a la perdida fuerza de gravedad. Ahora, la tripulación volvía a «pesar», pudiendo moverse libremente de un lado a otro sin temor a darse un testarazo contra el techo.

En el centro del «rancho», que era cuadrado y espacioso, había una mesa fija al suelo rodeada de sillas que giraban sobre un tornillo. La falta de gravedad de las últimas doce horas, mientras el «orbimotor» surcaba el espacio a impulsos de la inercia, había creado graves problemas a la tripulación.

En aquellas condiciones, los presuntos comensales hubieran tenido que amarrarse a las sillas para permanecer fijos en ellas. Los alimentos hubieran

escapado de los recipientes al levantar la tapa, y los líquidos se habrían derramado en el aire flotando entre el piso y el techo en forma de gotas. Era muy fastidioso, ya que no imposible, ingerir alimentos y bebidas en aquellas condiciones. De manera que los astronautas optaron por dejar para más tarde el hacer una comida fuerte.

Hartley y Milford se sentaron a la mesa, en tanto Kirke se asomaba a la diminuta cocina y ordenaba:

-Usted. Sírvanos un Martini para hacer boca. Y no olvide la aceituna.

Helen Spur, que estaba poniéndose un delantal, se volvió airada hacia Kirke. Pero el comandante la tocó en un brazo con disimulo, y la muchacha se contuvo.

-Aborrezco a ese presuntuoso general -aseguró cuando Kirke se hubo retirado.

-¿Por qué? -preguntó Scurry, sacando una botella de la alacena.

-Porque... ¡bueno! Detesto por principio a todos los hombres guapos y presumidos.

-¡Oh magnífico! Míreme a mí, señorita Spur. Yo no soy guapo. ¿Puedo alentar alguna débil esperanza? Me llamo Alan Scurry y...

-Y es usted casado. Ya he visto el anillo en su dedo.

-¡Caramba, qué observadora es usted! -dijo Scurry riendo.

-En cuanto a ese petulante general... Debiera haberlo visto usted cuando nos concedió aquella entrevista a los periodistas. Allí estaba él, imponente y magnífico tras su mesa, mirándonos a los demás como si fuéramos despreciables gusanos. Y...

-Mire, Helen -la interrumpió Scurry-. Tome un buen consejo y deje en paz al viejo. Él...

-¿Quién es el viejo?

-Tarrant. En la Marina es costumbre llamar «el Viejo» al Comandante del buque, aunque sea un jovenzuelo como Tarrant.

-A mí no me parece tan joven.

-No diga tonterías. ¿Se sorprende de que le llamemos viejo y me sale con ésas? Mire, me está haciendo pensar que a usted le gusta una barbaridad ese muchacho, y tal vez esté resentida con él por algún desplante suyo.

-¿Cómo? ¡Oh! ¡Oh! -exclamó la periodista enrojeciendo-. Nada de eso. Ni me gusta, ni le di ocasión jamás para que me hiciera un desplante. ¡Estaría bueno! Mire, apenas si le conozco. Sólo le había visto una vez antes de ahora.

-Pues si no le conoce, ¿por qué demonios la ha tomado con él? Tarrant es una buena persona, se le digo que le conozco desde que estudiábamos juntos en Annapolis. ¿Que se siente un poco superior a los demás? Hay infinidad de gente engreída, y con mucho menos razón. Tarrant es

realmente superior a todos nosotros. Y si no, vea a dónde ha llegado.

-¡Bah! Conozco bien su vida y hazañas. Si está ahora donde está se debe a una serie de circunstancias casuales. La fortuna no le dejó de la mano jamás. Iba para marino de buque de superficie y salió submarinista. Al hombre se le antojó tripular un submarino atómico... y allá fue él al Centro Experimental Atómico de Arco. El submarino se le convirtió en «orbimotor». Y como estos aparatos no tienen voz para reclamar sus méritos, Tarrant se llevó toda la gloria.

Scurry se detuvo con un tarro de aceitunas en la mano y contempló a la periodista entre escandalizado y risueño.

-¿Eso cree usted? -preguntó.

Y ella contestó.

-¡Oh, claro! Cualquiera puede ser un héroe volando en una máquina que ningún avión puede perseguir, que ningún cañón puede alcanzar, y cuyas bombas atómicas nadie puede esquivar. Cualquiera, con la suerte de Tarrant, hubiera podido llegar a general y llevar el pecho de medallas. Ese hombre no es más que un globo adornado con galones... ¡lleno de aire!

Alan Scurry abrió la boca para decir algo. Y en esta posición le sorprendió la voz pausada y tranquila de Kirke Tarrant que decía:

-Si ya se ha desahogado, señorita Spur, ¿querría servirnos esos Martinis?

Helen Spur se volvió con rapidez hacia la puerta de la cocina. Y allí estaba el general en persona, los labios plegados en una sonrisa entre irónica y compasiva.

La muchacha enrojeció. Sin embargo, tuvo arrestos para decir:

-No es de muy buena educación escuchar tras las puertas.

A lo que Kirke contestó:

-No hay puerta en esta cocina, como usted podrá ver a poco que se fije.

Se produjo una larga, embarazosa pausa. Miss Spur se mordió los labios con fuerza y dijo:

-Bueno, no me importa que haya escuchado. Al fin y al cabo, la opinión es libre.

-Sí -repuso Kirke lentamente-. Lo es de expresarse, aunque rara vez se ve libre de prejuicios. En fin, ¿vienen, o no vienen esos Martinis?

-Yo mismo los sirvo ahora, señor -dijo Scurry entrando en súbita y dinámica actividad.

-No. Dije que los serviría ella. Usted venga conmigo.

Scurry dejó caer sobre la joven una mirada que era todo un reproche y siguió a Kirke hasta el comedor.

-No irá a pensar en mí que soy un cocinillas, general -se disculpó Scurry-. Yo trataba...

-No tienes que decirme nada, Alan -le interrumpió Kirke-. A ti te

conozco bien. Es a ella a quien no logro entender. ¿Qué mosca le ha picado? Sólo la había visto una vez antes de ahora.

-Tal vez sea alérgica a las estrellas de general. Es la única cosa que se me ocurre.

Los dos hombres tomaron asiento a la mesa y allí se les reunió el sargento Ellis después de cambiar el termostato y hacer que se restableciera la temperatura.

Hacía mucho rato que los hombres habían apurado sus Martinis cuando reapareció la muchacha y dispuso la mesa para la comida.

-¿Debo comer en la cocina, como las maritornes? -preguntó cuando servía la sopa.

-No se observan diferencias de clases a bordo -contestó Kirke.

Miss Spur se tragó la alusión y tomó asiento junto al profesor Hartley.

Al profesor, evidentemente, le había caído en gracia la muchacha.

-Me recuerda usted a mi hija, miss Spur. ¿Tiene algún inconveniente en que la llame Helen?

-Ninguno -repuso la periodista con la más seductora de sus sonrisas-. ¿Se llama su hija así?

-Sí, así se llamaba. Y era rubia, y tenía los ojos pardos, como usted -contestó el astrónomo con tristeza.

-¿Quiere decir que... murió?

El profesor asintió con graves movimientos de cabeza, los ojos húmedos de lágrimas.

-Fue una de las primeras víctimas de esta guerra feroz. Ella y mi esposa se encontraban en San Francisco cuando estalló aquella bomba de hidrógeno que redujo a cenizas la ciudad. Las dos murieron. Y sólo me cabe el consuelo de saber que fallecieron en el acto.

-Fueron en eso más afortunadas que mi hermano, mi cuñada y sus niños -murmuró miss Spur-. Vivían en Wichita y murieron por envenenamiento radioactivo, después de una horrible agonía de tres semanas entre vómitos y hemorragias.

Un silencio opresivo cayó sobre la mesa, paralizando las manos mientras cada cual se entregaba a sus propias y amargas evocaciones.

-Bueno -farfulló el comandante Scurry-. ¿Por qué no hablamos de cosas más alegres? Quien más, quien menos, todos tenemos que lamentar alguna baja en la familia. No es agradable recordarlo.

Esta sugerencia fue tácita y unánimemente aceptada. La señorita Spur volvió a meter la cuchara en la sopa y dijo:

-Una cosa me sorprende mucho. Yo creía que esta expedición se dirigía a Marte.

-¿Por qué precisamente a Marte? -preguntó Hartley.

Y la muchacha contestó:

-¿Por qué vamos a Urano?

-Creemos que existe allí algún género de vida... Vida vegetal, se entiende.

-Yo creía que Urano era un globo de hielo o algo así. A aquella distancia, el Sol no debe calentar mucho.

-En efecto. Si Urano tuviera habitantes, éstos verían en su cielo al Sol reducido a la condición de una fulgente estrella, con una irradiación calorífera cuatrocientas veces más débil que la que proporciona a la Tierra.

-¡Dios mío! Entonces debe hacer allí un frío tremendo. ¡Y yo me dejé mi abrigo en el aeródromo de Kansas City! -exclamó la periodista estremeciéndose.

-No tema. No lo va a necesitar, porque no vamos a poner pie en Urano. Pero aún si aterrizamos allí no sentiría usted el menor frío -aseguró Hartley-. La esfera de Urano, dentro de la cual podría contener setenta globos terrestres, ha necesitado un tiempo mucho mayor que la nuestra para enfriarse y para formar alrededor de su núcleo una coraza tan espesa como la corteza terrestre. La corteza de Urano debe de ser delgada, caliente, y quizás semifluida en algunos puntos.

-¿Cómo es posible que calentando tan poco el Sol se encuentre aquel mundo todavía en estado semifluido?

-La distancia y el calor del Sol nada tienen que ver en este caso. Es el tamaño quien impone el grado de evolución de un planeta. Si todos los planetas que giran alrededor del Sol nacieron al mismo tiempo, lo cual tenemos por seguro, es lógico que las masas más grandes tarden en enfriarse más que las pequeñas. Vea si no el ejemplo de Marte. Marte es mucho más pequeño que la Tierra y ha concluido antes su evolución. Júpiter y Saturno, globos gigantescos, son todavía mundos en estado incandescente. Urano, mucho más pequeño que Júpiter y Saturno, es un mundo ya adolescente, calentado por su propio núcleo, por aquella herencia solar que es común a todos los planetas. Ignoramos exactamente en qué grado de su evolución se encuentra Urano, pero creemos que en su suelo, calentado internamente, ha arraigado ya alguna forma de vida vegetal. Eso al menos parece deducirse del hecho de haber encontrado rastros de clorofila en nuestros análisis espectroscópicos.

-¿Quiere decir que el único objeto de esta expedición es averiguar el grado de madurez alcanzado por Urano?

-Verá usted -dijo Hartley-. Nuestro interés por Urano es sólo relativo; puramente científico. Son sus lunas, y entre éstas las más lejanas a él, las que en realidad nos interesan.

-¿Por qué?

-Pues porque Urano, aún en las más óptimas circunstancias, cual sería la existencia de una atmósfera rica en oxígeno, es un planeta prohibido para

nosotros, criaturas de la Tierra. No podríamos habitarlo jamás.

-¿Aunque su atmósfera fuera de oxígeno y no contuviera ningún gas letal? ¿Aunque su corteza no fuera demasiado caliente como para chamuscarnos las suelas de los zapatos? -preguntó sorprendida la periodista.

-Ni aun así.

-No veo la razón.

-Porque olvida usted la relación de masas, señorita Helen. Dada la masa de Urano, que es unas veinte veces mayor que la de nuestra Tierra, su fuerza de gravedad ha de ser aproximadamente veinte veces mayor que la gravedad terrestre. Por lo tanto, un hombre que en la Tierra pesara ochenta kilogramos, pesaría al desembarcar en Urano... ¡dieciséis toneladas!

-¡Dieciséis mil kilogramos! -exclamó la periodista atónita.

-Imagínelo usted -dijo Hartley riendo entre dientes-. No podríamos realizar el más pequeño movimiento, ni alzar los pies, ni levantar una mano... ¡ni siquiera los párpados! Nuestra sangre se haría más pesada que el plomo fundido, y nuestro corazón terrestre no podría hacerla circular por las venas... ¡bueno! En realidad no habría tiempo para nada de eso. Poner los pies sobre la superficie de Urano y quedar hechos una tortilla sería todo instantáneo.

-¡Ca... ramba! -murmuró la muchacha atragantándose-. No es una perspectiva muy cautivadora.

-¿No le gustaría que la obligáramos a desembarcar allí, verdad? -preguntó Scurry guiñando un ojo.

Miss Spur se puso en pie mirando a Kirke. Éste, aunque guardaba resentimiento contra la periodista, no pudo evitar sonreír y dijo:

-No me mire así. No podría desembarcarla en Urano, aunque bien me gustaría hacerlo. Si nuestro «orbimotor» se dejara atrapar por la fuerza de atracción de aquel gigante, jamás podríamos escapar de él.

-Es muy confortador para mí el saberlo -aseguró miss Spur recogiendo los platos y desapareciendo en dirección a la cocina.

-Una cosa hay que no logro entender -dijo Scurry cuando quedaron solos-. Si el volumen de la masa determina el grado de evolución de los planetas, los satélites de Urano, que no alcanzan a la mitad del volumen de nuestra Luna, debieron enfriarse con doble rapidez. ¿No es verdad?

-En efecto, así debiera ser.

-Por lo tanto, y si nuestra Luna hace millones de años que fijó su atmósfera en las rocas del suelo, los satélites de Urano harían lo propio mucho antes, no cabiendo esperar encontrar actualmente en ellos cosa mejor de la que es posible hallar en la superficie de la Luna.

Miss Spur regresó en este instante con el segundo plato del almuerzo.

-Sé a dónde quiere usted ir a parar, Scurry -dijo Hartley-. Aplicando a

los satélites de Urano la misma ley que regula la aparición y el fin de la vida en los cuerpos celestes que nos son más conocidos, las lunas que vamos a explorar no cuentan con la menor probabilidad de haber corrido mejor suerte que nuestra Luna, que es doblemente grande.

-¡Aja! -exclamó el comandante-. Eso es exactamente lo que quise decir.

-Bien -dijo Hartley sonriendo con amargura-. Eso es también lo que yo creo y lo que piensa la Ciencia.

-Entonces, ¿para qué diablos perdemos el tiempo viniendo a explorar las lunas de Urano? -exclamó Scurry.

-Piense que no hay regla sin excepción. Titán es una luna de Saturno, y sin embargo posee una atmósfera. Además, usted no estuvo en la entrevista que el profesor Thornton y yo tuvimos con el Presidente de los Estados Unidos. De lo contrario sabría que si venimos a reconocer a Urano y sus satélites es solamente para adquirir la certeza ABSOLUTA de que la Humanidad no puede salvarse habitando ninguna de esas lunas.

-A mí, eso me parece una tontería.

-A usted se lo parecerá porque, siendo piloto astronáutico, está llamado con toda seguridad a ocupar una plaza en nuestra futura Arca de Noé -repuso Hartley con gravedad-. Pero póngase en el caso de cualquiera de los millones de norteamericanos para quienes todavía es una incógnita si alcanzarán plaza o tendrán que resignarse a morir por envenenamiento radioactivo. ¡Usted querría que los «orbimotores» exploraran hasta el último polvoriento asteroide, asido a la esperanza de que la Humanidad pudiera hallar refugio donde menos se lo esperara!

-Sí, eso es cierto -murmuró Scurry-. Yo chillaría para que nuestros «orbimotores» lo registraran todo... hasta en aquellos sitios más absurdos. Debe ser tremendo eso de quedarse en Tierra para morir lentamente viendo cómo se marchan los afortunados que lograron pasaje en nuestra Arca de Noé Cósmica!

-¡Oigan! -exclamó miss Spur dejando caer ruidosamente el tenedor contra el borde de su plato-. ¿Qué galimatías es ése de que están hablando? ¿Qué significa eso de hallar un refugio... y qué quiere decir «Arca de Noé Cósmica»?

Scurry, Milford, Ellis y el profesor Hartley se volvieron a mirar interrogativamente a Kirke Tarrant. También Helen Spur clavó sus pardas pupilas en las del joven general. Y en aquel momento, ciertamente, no había hostilidad en su mirada. Suplicaba, imploraba la verdad terrible, ya presentida por el corazón.

-Bueno -farfulló Kirke con desgana-. Puesto que forma parte de la tripulación y no hay manera de evitarlo, se lo diré a usted. Nuestro mundo, la Tierra, está condenado a perecer irremisiblemente en el plazo de cinco años. Los centenares de bombas de hidrógeno que se hicieron estallar

durante la guerra envenenaron el aire de «Strontium Noventa» Buscamos un nuevo mundo a donde pueda ser evacuada la Humanidad.

CAPÍTULO IV

Dejando atrás la lejana luminaria del Sol, reducida ahora al diámetro de una naranja centelleante en las profundidades del negro espacio, los «orbimotores» avanzaban como bólidos por el insondable abismo sideral aproximándose a Urano.

Con una aceleración constante, equivalente a la fuerza de gravedad terrestre, los aparatos sumaban por cada segundo una velocidad de diez metros sobre el impulso que llevaban y navegaron hacia el punto medio entre la Tierra y Urano con la velocidad acelerada de los cuerpos en caída libre a través del espacio.

Al llegar al punto neutro, o sea a la distancia media entre Urano y la Tierra, los astronautas procedieron a la delicada maniobra de volver contra el todavía lejano Urano el cuádruple chorro de las toberas que, originalmente, se habían dispuesto en la parte inferior de la quilla para ayudar al aparato en el ascenso vertical y durante las maniobras de estabilización.

Los «orbimotores», tal como el general Tarrant advirtiera en cierta ocasión a los periodistas, no eran aparatos adecuados en navegación interplanetaria.

Construidos para operar alrededor de la Tierra, sin llegar a escapar nunca de la fuerza de atracción del planeta, carecían de los dispositivos especiales de dirección indispensables a una buena nave intersideral.

Por lo tanto, y teniendo que apañarse con los adecuados medios puestos a su alcance, aquello que parecía una maniobra tan sencilla requirió los exasperados esfuerzos y toda la pericia de Kirke Tarrant durante varias horas antes de dejar el aparato bien arrumbado.

Con las toberas apuntando hacia Urano, los dos «orbimotores» que formaban la expedición no navegaban con la proa por delante, sino de plano, con los pies de sus tripulantes apuntando en la dirección de la marcha.

De esta forma, el impulso de reacción creado por el continuo frenado, mantenía las plantas de los pies de la tripulación pegados contra el suelo.

Después de aquel episodio en la inversión de la marcha, durante el cual se hizo sentir la falta de gravedad con sus consiguientes trastornos, la vida se normalizó a bordo de los «orbimotores».

Como sólo había cuatro literas para siete tripulantes, éstos establecieron un turno para dormir, y lo mismo hicieron para las comidas, observándose durante la primera semana un horario para comparecer a la mesa.

Luego vino la corrupción de costumbres. Cada cual comía cuando tenía gana. Y si tenía sueño se tumbaba en una litera o aguardaba a que alguna se vaciara.

En los intervalos, cuando no estaban comiendo, durmiendo o vigilando los múltiples indicadores o las pantallas de radar, las tripulaciones leían, charlaban o se entretenían con cualquiera de los juegos de salón que no olvidaron incluir en el equipaje.

Miss Spur, que no tenía nada que hacer, excepto freír algún huevo con jamón o preparar el café, empleaba parte de su tiempo en hacer anotaciones para el libro que se proponía escribir narrando las peripecias del viaje.

De vez en cuando, algún miembro de la tripulación se dirigía al aparato de radio y se ponía a charlar con los tripulantes del aparato compañero, el cual volaba un millar de kilómetros atrás y a la izquierda.

El profesor Hartley era quien con más frecuencia utilizaba la radio, y esto para cambiar impresiones con Sir Archibald Enenbeach, eminente astrónomo inglés, que había sido invitado por el Gobierno norteamericano a participar en la expedición.

La vida a bordo de las astronaves, aunque monótona, no era ciertamente aburrida. En primer lugar, los viajeros no se cansaban de admirar el fantástico espectáculo que ofrecían las constelaciones brillando en el negro intenso de la inmensidad cósmica con una nitidez y esplendor incomparablemente mayor de aquellos con que aparecían vistas a través de la atmósfera terrestre.

Y no era el espectáculo en sí lo más maravilloso de todo, sino la nueva, extraña y jamás soñada sensación de pequeñez que el habitante de la diminuta Tierra sentía frente a la grandeza sin fin, inconmensurable e inabarcable del Universo que le rodeaba.

Y en segundo lugar estaba la inquietud, la ansiedad, el misterio de los desconocidos que temían y ansiaban a la vez escudriñar. Cada hora, cada minuto y cada segundo, eran un paso más hacia el objetivo de su viaje. Y con la rápida y creciente aproximación a Urano, la emoción aumentaba entre los intrépidos astronautas impidiéndoles llegar a sentir aburrimiento. Urano iba surgiendo de las profundidades del cielo aumentando rápida y continuamente de tamaño aparente. De débil y parpadeante estrella pasaba a convertirse en un cuerpo celeste del tamaño de una naranja. Ésta se hinchaba hasta alcanzar el diámetro de una sandía. Iban apreciando a simple vista los cuatro satélites más grandes de los seis que giraban a su alrededor. Primero Oberón; luego Titania; después Ariel, seguido de Umbriel...

La velocidad de los «orbimotores» iba reduciéndose en la misma medida que había aumentado desde su salida de la Tierra al punto medio entre la Tierra y Urano. No pudiendo contener su impaciencia, el profesor Hartley y su ayudante desembalaron el espectroscopio y lo plantaron delante de la pantalla de televisión, dispuestos a analizar la composición de la atmósfera de Urano.

Uno de los detalles característicos de los «orbimotores» era que carecían de ventanas. En el espacio sideral, donde no podían ser atenuados por una atmósfera, como ocurría en la Tierra, los rayos solares eran muy peligrosos debido a su intensa radiación ultravioleta, los cuales volvían negros los cristales corrientes. Y no eran menos perjudiciales para la salud de los astronautas el torrente de rayos cósmicos que, procedentes de misteriosas regiones del espacio, bombardeaban sin tregua ni reposo al «orbimotor».

Estas partículas, dotadas de una fuerza de penetración tremenda, habían obligado a los constructores de los aparatos a proyectar la cabina sin ventanas, y a revestirla interiormente de una gruesa coraza de plomo.

El análisis espectroscópico que mister Hartley y Sir Archibald Enenbeach realizaron por separado desde sus respectivos aparatos arrojó resultados idénticos y desconcertantes.

La atmósfera de Urano contenía oxígeno en cantidades muy pequeñas casi inapreciables. En cambio era muy rico en anhídrido carbónico y vapor de agua. Además, el análisis espectroscópico dejaba sentada de una vez la abundante existencia de clorofila, extremo en el que nunca se puso de acuerdo la Ciencia antes de ahora.

-¿Qué opina usted de esto, Sir Archibald...? -preguntó Hartley por la radio.

Y Sir Archibald Enenbeach contestó:

-La existencia de plantas en la superficie de Urano parece demostrar que la corteza de este planeta es más sólida que lo que creíamos. De lo contrario, el calor interno no permitiría que las plantas echaran raíces en el suelo.

Mister Hartley compartía la opinión de Sir Archibald Enenbeach. El resultado de aquel primer examen dejó indiferentes a los tripulantes no científicos de los aparatos.

-De todas formas, aunque Urano contuviera en su atmósfera tanto oxígeno como en la Tierra, ya sabemos que no podríamos habitarlo -dijo el comandante Scurry.

-¿Van a analizar ustedes las lunas ahora? -preguntó Kirke Tarrant.

-Todavía estamos demasiado lejos. Los satélites de Urano son muy pequeños, y nuestros espectroscopios portátiles poco potentes. Dentro de otras veinticuatro horas, quizá...

La ansiedad, naturalmente, creció a bordo de los «orbimotores». En general, el pesimismo del profesor Hartley se había contagiado a la tripulación. Ya nadie alentaba grandes esperanzas a propósito de la posible habitabilidad de cualquiera de las lunas de Urano. Sin embargo, una esperanza, por pequeña que fuera, era siempre preferible a una desilusión total.

Y los astronautas, Kirke Tarrant entre ellos, la acariciaban con cariño, con dolor, entristecidos de pensar que pronto tendrían que separarse definitivamente de ella para emprender el regreso a la Tierra, deprimidos en la amargura del fracaso.

La expedición se encontraba a «sólo» diez millones de kilómetros de Urano cuando los astrónomos apuntaron sus instrumentos de análisis contra «Titania», una de las dos lunas mayores del planeta.

Milford fotografió el espectro de la luz que les mandaba «Titania» y marchó al lavabo para revelar la placa en la total oscuridad. Mientras tanto, el profesor Hartley preparaba el aparato para fotografiar el espectro de Oberón, el cual asomaba entonces por detrás del gigantesco disco de Urano.

Mil kilómetros atrás, a bordo del segundo «orbimotor», Sir Archibald Enenbeach y su ayudante repetían el experimento.

-¿Y ahora, qué? -preguntó Kirke cuando Hartley sacaba la placa de la cámara fotográfica.

-Ahora a esperar lo que nos dice el análisis espectroscópico -contestó el astrónomo.

-Nos estamos aproximando mucho a Urano. ¿Qué hacemos?

-Daremos una vuelta alrededor de Urano para observarlo más de cerca, y aterrizaremos en Oberón.

-¿Aunque esas fotografías demuestren que Oberón no tiene oxígeno ni siquiera atmósfera?

-¡Claro! Y lo mismo haremos con Titania, con Umbriel y con Ariel. Ya sabe usted lo que dijo el señor Presidente. Debemos comprobar la inhabitabilidad de estos satélites de forma que no quede lugar a dudas.

-Bueno -refunfuñó Kirke-. Entonces aterrizaremos allí, desembarcaremos y nos quitaremos las escafandras probando a respirar. Si nos ahogamos es que no se puede vivir allí, de eso no cabe duda.

-Probablemente -contestó el astrónomo- ni siquiera podremos quitarnos la escafandra. El frío que con toda seguridad hace allí nos dejaría congelados en un instante.

El profesor Hartley marchó en dirección al lavabo y la tripulación excepto Scurry que se quedó vigilando la marcha del aparato, se reunió en el comedor esperando que reapareciera el profesor Hartley.

Al cabo de un buen rato el profesor salió del lavabo llevando una fotografía, todavía chorreante, cogida con unas pinzas.

-¿Qué? -preguntó Kirke Tarrant con ansiedad.

-No sea usted impaciente. Ahora viene lo más difícil, la interpretación de los rasgos -dijo Hartley depositando la fotografía encima de la mesa, sobre un papel secante.

Kirke, miss Spur, el capitán Porter y el sargento Ellis, formaron un

silencioso corro alrededor de la mesa. Hartley se cambió las gafas por otro par para mirar de cerca y se inclinó sobre la fotografía.

Se le vio mover lentamente la cabeza, reflexionando unos instantes, consultar un grueso volumen...

El sargento Ellis se roía las uñas nerviosamente. Miss Spur jugueteaba mecánicamente con sus propias gafas, Kirke y Porter fumaban en silencio.

-No puede ser... -murmuró el profesor deteniéndose, extático, señalando con el extremo de un lápiz una de las múltiples rayas de la fotografía.

Todos se abocaron con ansiedad sobre la mesa.

-¿Qué es lo que no puede ser? -preguntó Kirke sintiendo que el corazón le latía a saltos.

Mister Hartley levantó el rostro y exclamó roncamente:

-Titania tiene una atmósfera. ¡Una atmósfera rica en oxígeno!

Kirke Tarrant quedó paralizado, sin saber qué decir. Y el profesor Hartley murmuró:

-Pero es absurdo... no puede ser verdad. ¡Debo de estar equivocado!

-Pues fíjese usted mejor, ¡diablo! -contestó Kirke violentamente-. No puede darnos sustos de esa clase, ¿entiende?

El profesor Hartley volvió a inclinarse, temblando sobre la fotografía cruzada de múltiples y misteriosas rayas.

En este momento, Herbert Milford salió del lavabo llevando cogida con unas pinzas otra fotografía húmeda.

-¿Cómo va eso? -preguntó.

-Examine usted estas líneas, Herbert -dijo el profesor-. A mí me es imposible hacerlo con seguridad porque... porque me han parecido que señalan oxígeno, temo haberme equivocado.

Milford miró con ojos agrandados por el estupor a la pálida faz del profesor, y luego, uno tras otro, los rostros contraídos de la muchacha y los tres hombres que rodeaban la mesa.

-¡Cáspita! -exclamó. Y tomando una lupa entró en súbita actividad cotejando las líneas verticales del espectro fotografiado con una serie de grabados del libro.

-¡Vapor de agua... ázoe... oxígeno...! ¡Sí, esto es oxígeno! -exclamó con voz estridente.

Y levantando los ojos se quedó mirando de hito en hito al profesor Hartley.

Siguió una breve pausa. Y en este silencio se escuchó la voz del comandante Scurry que gritaba desde la cabina de derrota:

-¡Eh, profesor Hartley! Venga usted acá. Sir Archibald Enenbeach quiere hablarle. Dice no sé qué de una atmósfera que contiene oxígeno.

-¡Dios mío! -exclamó Hartley. Y echó a correr hacia la cabina seguido de Milford, el general Tarrant y todos los demás.

-¡Sir Archibald! -llamó Hartley empuñando el micrófono-. ¿Me oye usted, Sir Archibald?

-¡Albricias, Hartley! -gritó la voz del británico por el altavoz-. Eduard Rain y yo hemos estado analizando el espectro de Titania llegando a la conclusión que posee una atmósfera bastante rica en oxígeno.

-¡Oh, no sabe cuánto le agradezco la noticia! -exclamó Hartley riendo con nerviosidad-. También yo interpreté el espectro de Titania en ese sentido... sólo que no me atrevía a creerlo.

-Sí, sí... no hay duda -repitió el británico-. Claro que es posible que la proporción de oxígeno sea insuficiente para nosotros, ¡pero al menos contamos ya con una esperanza!

Hartley asintió y propuso examinar a continuación la fotografía espectrográfica de Oberón.

-General -dijo a Kirke-. ¿Sería usted capaz de llevar este aparato hasta Titania?

-Desde luego -contestó Kirke.

Hartley y Milford se marcharon en dirección al salón comedor y la tripulación se quedó comentando la excelente noticia.

Al cabo de una hora, después de un concienzudo examen, el profesor Hartley volvió a comunicar por radio con Sir Archibald para darle cuenta del resultado negativo de su examen.

-Tampoco nosotros hemos podido hallar rastro de oxígeno en Oberón -informó el británico-. Esto le descarta como posible refugio de nuestra población terrestre. ¿Quiere examinar ahora los restantes satélites?

-Ariel y Umbriel son demasiado pequeños para poder retener ni una molécula de aire. Puesto que Titania se nos ofrece como una probabilidad, vamos a concentrar en él nuestra atención. Aterrizaremos allí para analizar el aire, fijar la proporción atmosférica y su temperatura.

Hartley devolvió el micrófono al sargento Ellis y añadió:

-Adelante, general. Titania, estación término.

Kirke Tarrant empuñó los mandos con un sentimiento de placer. Terminaba la larga inactividad de aquel azaroso viaje. El «orbimotor», hasta entonces fiado a un piloto electrónico, volvía de nuevo a sus manos.

La trayectoria rectilínea de los «orbimotores» se curvó ligeramente. La fuerza centrífuga resultante de aquella maniobra aplastó brutalmente a los astronautas contra los asientos. En la pantalla de televisión que Tarrant tenía enfrente, especie de angosto ventanal abierto a la inmensidad del espacio, Titania aparecía en forma de un disco de pequeño diámetro, brillante con una luz suave y azulada.

Satélite y «orbimotores» avanzaban hacia un punto en el cual deberían encontrarse al cabo de unas horas, según los cálculos matemáticos del capitán Walter Porter.

Creciendo rápidamente de tamaño, Titania iba mostrando a los astronautas la característica única de su superficie; una blancura deslumbrante, lisa, uniforme... Titania era un globo de hielo.

El profesor Hartley siempre lo había supuesto así. Los astronautas pudieron comprobarlo algunas horas después al volar sobre la estratosfera del satélite.

-¡Dios mío! -gimió miss Spur mientras Kirke se preparaba para descender-. ¿Es posible que sobreviva alguien en ese desierto de hielo?

-Nosotros sobreviviremos -aseguró Hartley-. Recuerde que no nos queda otra alternativa que vivir aquí o morir allá en la Tierra.

El «orbimotor» seguía perdiendo velocidad y altura. A seiscientos kilómetros sobre la superficie de Titania el aparato encontró las primeras capas de aire. Kirke llamó al teniente coronel Longhorn:

-¿Me sigues, Eddie?

-Estoy detrás de ti a unos doscientos kilómetros.

-Acércate más y levanta la proa. Acabo de encontrar a los seiscientos mil, aproximadamente.

El frote con la atmósfera del satélite hizo aumentar sensiblemente la temperatura del casco de titanio del «orbimotor». Al mismo tiempo le frenó restándole velocidad. El aparato empezó a perder altura con creciente rapidez.

Grandes bancos de nubes se deslizaban bajo los pies de los astronautas. Una débil luz, semejante a la que reinaba en la Tierra en las últimas horas de la tarde, envolvía el hemisferio diurno de Titania. El Sol, reducido al tamaño de una lejana estrella, descendía en el horizonte. Por el extremo opuesto se levantaba el gigantesco disco de Urano, brillando con luz suave y clara a modo de una luna monstruosa.

Kirke notó que la velocidad de descenso aumentaba, señal evidente que la fuerza de atracción de Titania, aunque débil, tiraba del aparato hacia abajo.

Kirke enderezó la proa y puso a funcionar el grupo electrógeno atómico.

-¿Aterrizamos, o damos una vuelta por ahí mientras ustedes analizan el aire? -preguntó a Hartley.

-No creo que el paisaje sea diferente en otras regiones del satélite, pero no hay ningún inconveniente en seguir volando mientras comprobamos la composición de la atmósfera.

Kirke volvió a comunicar con Longhorn para decirle:

-Ven y ponte a mi lado, Eddie. Vamos a dar una vuelta por ahí mientras los científicos prueban el aire.

-¿Crees que existe alguna probabilidad de encontrar bichos vivientes por aquí, Kirke? -preguntó Longhorn.

Kirke hizo descender más el aparato y gruñó:

-Me gustaría conocer al guapo capaz de vivir sobre este carámbano.

Los dos aparatos descendieron a unos tres mil metros de altura. Aquí se estabilizaron y se pusieron a volar uno junto al otro sobre la llanura de hielo. Mientras tanto el profesor Hartley y su ayudante tomaban una muestra de aire con una bomba y manejaban cacharros e instrumentos sobre la mesa del comedor. Recostándose en su confortable sillón, Kirke Tarrant encendió un cigarrillo sin apartar su pensativa mirada de la pantalla del televisor. Trataba de imaginarse a la resignada población del mundo, después de haber abandonado la Tierra, casa y fortuna, desembarcando de los grandes «orbimotores» de transporte en aquella llanura gélida y desolada... Hombres, mujeres, ancianos y niños tiritando sobre la costra de hielo de este mundo extraño, bajo la mortecina luz de un Sol que apenas alumbraba y no arroja ningún calor. ¿Cómo se las arreglarían mil millones de almas para sobrevivir en esta desierta isla del Cosmos? ¿De qué vivirían? ¿Qué comerían y dónde se guarecerían?

La errante mirada de Kirke Tarrant se detuvo sobre algo inusitado que ocurría en el confín del horizonte. Así, a simple vista, parecía un «geiser» gigantesco lanzando un chorro de vapor considerable altura.

Kirke alteró ligeramente el rumbo, porque la columna blanca iba a quedar a babor, y llamó al profesor Hartley.

No sólo Hartley, sino también Milford y miss Spur acudieron. El profesor expresó su creencia de que, efectivamente, se trataba de un «geiser».

-Pues es un «geiser» muy grande -observó Scurry.

En efecto. Sin montañas ni nada que rompiera la monotonía de la llanura y pudiera servir de referencia, la columna de vapor parecía próxima cuando en realidad estaba lejos, detrás de la curvada línea del horizonte.

A medida que los «orbimotores» se acercaban, el chorro de vapor parecía aumentar en grosor y altura. Ya se divisaba su base. El «geiser» parecía brotar de un cerro. Junto al otero, algo redondo y enormemente grande brillaba como un reflector herido por los débiles rayos del Sol.

-Pero... ¿qué demonios es eso? -murmuró el comandante Scurry.

Kirke Tarrant se inclinó hacia la pantalla televisora. El objetivo de la cámara tenía un dispositivo telescópico que acercaba las imágenes. Kirke oprimió un botón. Y como si el «orbimotor» hubiera dado un prodigioso salto de varios kilómetros hacia adelante, la columna de vapor, el cerro y los fantásticos reflectores inmediatos aparecieron en la pantalla con toda nitidez.

Un séxtuple grito de sorpresa brotó de las gargantas de miss Helen Spur, el profesor Hartley, Kirke Tarrant, Herbert Milford, Alan Scurry y Walter Porter.

Porque lo que sus ojos veían no podía ser en modo alguno obra de la Naturaleza. Quizá lo fueran la descomunal columna de vapor y el extraño cerro del cual brotaba éste. Pero lo otro...

CAPÍTULO V

Se trataba de dos pantallas parecidas a las que utilizaban las estaciones de radar terrícolas, pero en realidad eran dos gigantescos espejos parabólicos, destinados sin duda a recoger y concentrar la luz del Sol o de alguna estrella.

Cada uno de estos casquetes, revestidos interiormente de cristal medía quizá trescientos metros de diámetro y tenían en el centro una extraña espiga que daba a los aparatos el aspecto de sendas enormísimas estufas eléctricas.

-¡Válgame el cielo! -exclamó el capitán Porter-. ¡Esos espejos han sido construidos por la mano del hombre!

Un estremecimiento de frío recorrió la espina dorsal de Kirke erizándole los cabellos. Instintivamente, sus manos se adelantaron para empuñar los mandos del «orbimotor» y alterar el rumbo.

Pero un extraño sentimiento de curiosidad le contuvo. HOMBRE y PELIGRO eran dos vocablos que sonaban juntos en sus oídos. Aquellos monstruosos reflectores y la misma gigantesca columna de vapor le inspiraban instintiva desconfianza. Pero al mismo tiempo le atraían con irreflexiva y magnética fuerza. ¡Seres humanos en Titania!

Nada más absurdo y, a la vez, nada tan emocionante y fascinador.

-¡Dios Todopoderoso! -murmuró Hartley sin apartar los ojos desorbitados de la pantalla-. ¿Será posible? ¡No puedo creerlo... es imposible!

-¿Por qué imposible? -preguntó Herbert Milford. Y rió nerviosamente.

Del aparato de radio brotó la excitada voz del teniente coronel Longhorn.

-¿Lo has visto, Kirke? ¿Lo estás viendo? ¡Fantástico... increíble! Esos espejos no han caído del cielo. Alguien los ha construido y los ha puesto ahí, Kirke. ¿Te das cuenta? Hay hombres en este satélite, Kirke... ¡HOMBRES!

Kirke Tarrant pestañeó sustrayéndose al torbellino de pensamientos que se le ocurrían. Mecánicamente empuñó el micrófono para contestar:

-Sí, lo veo, Eddie. Y no me inspira mucha confianza. Ven, sígueme. Vamos a apartarnos un poco por precaución y daremos una vuelta alrededor de «eso». No pierdas contacto conmigo.

-¡Sir Archibald Enenbeach está rabiando por hablar con el profesor Hartley!

-Pues déjale que rabie un poco. No es tiempo de entregarse a disquisiciones sobre lo que es y lo que significan esos espejos, ¿comprendes? Lo primero es asegurarnos que no corremos ningún peligro. ¿Por qué nos dejaríamos los cohetes en Kansas City? ¡Bueno! Nos quedan

los cañones... Tenlos a punto para entrar en acción, Eddie.

-Tira por donde quieras, Kirke -contestó Longhorn-. Te sigo.

Kirke hizo que su aparato se desviara 45 grados a babor y ordenó al sargento Ellis que conectara la pantalla de radar, cosa que por considerar deshabitado a Titania no habían hecho antes de ahora.

Mientras, a espaldas de Kirke, el profesor Hartley, Milford y miss Spur charlaban llenos de excitación.

-¿Será posible que este mundo esté habitado por seres como nosotros, profesor Hartley? -preguntó la periodista.

A lo que el astrónomo contestó:

-¿Cómo si es posible? Bien a la vista está. Esos espejos no son obra de la casualidad, Helen. Claro que si me pregunta cómo son los seres que los construyeron no voy a poder contestarle. ¿Hombres como nosotros? ¿Distintos de nosotros? ¡Bueno! En todo caso deben tener muchos rasgos comunes al terrícola. Por lo pronto son inteligentes. Fíjese en su obra, miss Spur. ¡Esos espejos son enormes!

Kirke Tarrant había abierto el regulador para imprimir mayor velocidad al aparato y acababa de conectar la pantalla con el objetivo tomaimágenes del lado de estribor.

Inclinado para contrarrestar las fuerzas «G» o gravitatorias, el «orbimotor» describía un círculo alrededor del extraño «geiser» de vapor y los gigantescos y nada tranquilizadores espejos. En la pantalla televisora, el conjunto giraba ofreciéndose a la vista de los observadores en distintas perspectivas. En realidad eran los «orbimotores» quienes giraban en torno al «geiser» manteniéndose a un par de millas de distancia.

-Los espejos no se han movido -murmuró Kirke Tarrant.

Hartley rió nerviosamente.

-¿Espera usted que lo hicieran?

-Se me ocurrió que podrían ser proyectores de alguna clase de rayos destructores.

-A mí me parece que sólo son lo que parecen ser -dijo Hartley-. Espejos parabólicos como el del telescopio de Monte Palomar.

-¿Un Observatorio Astronómico, tal vez?

-No podría asegurarlo. Pero observen que esos espejos están vueltos en dirección al Sol.

-¿Una fábrica de electricidad, entonces? ¿Como las que funcionan en el desierto del Sahara aprovechando la energía solar? -preguntó miss Helen Spur.

-El progreso de los habitantes de Titania tendría que superar con mucho al nuestro, porque la energía del Sol que llega hasta aquí es alrededor de cuatrocientas veces menor que en la Tierra.

Callaron, mirando con curiosidad a los extraños reflectores. El

«orbimotor» andaba camino de completar la segunda vuelta cuando Kirke murmuró:

-Vamos a acercarnos un poco más.

Y acortó la distancia a sólo una milla, reduciendo también la velocidad.

-Ese cerro... no parece natural -apuntó Scurry-. Es demasiado liso y completamente simétrico, como la cúpula de una iglesia.

-¿Quién podría construir una cúpula de más de quinientos metros de altura? -refunfuñó Kirke.

A lo que la periodista contestó:

-Los mismos que han sido capaces de construir los reflectores de trescientos metros de diámetro, seguramente. Ésa era la altura de nuestros mayores rascacielos antes de la guerra.

Volvieron a quedar en silencio. El «orbimotor» completó la tercera vuelta. Kirke empuñó el micrófono para comunicar a Longhorn:

-Eddie. Elévate un poco más y sigue dando vueltas mientras nosotros nos acercamos a esa cúpula.

-¿Vas a aterrizar?

Kirke echó atrás la cabeza y preguntó:

-¿Podemos hacerlo, profesor? ¿Qué averiguó respecto a la atmósfera de Titania?

-Que es perfectamente respirable para nosotros. La proporción de oxígeno y la presión atmosférica equivalen a las reinantes en la Tierra a seis mil metros de altura. El termómetro señala cuarenta y dos grados centígrados bajo cero. No hay gases letales.

-Entonces, ¿cree que podemos bajar a ver eso?

-Creo que antes deberíamos explorar mejor el terreno desde el aire. Si hay habitantes en Titania, éste no es probablemente el único indicio de su existencia.

-¿Quiere decir que puede haber otras instalaciones como ésta... ciudades, tal vez? -preguntó Kirke sintiéndose dominado de una indefinible inquietud.

Y habiendo completado la vuelta en torno a los descomunales espejos enderezó el rumbo y volvió a conectar la pantalla al objetivo telescópico emplazado en la proa del «orbimotor». Apenas acababa de hacerlo cuando vio otra columna de vapor subiendo a gran altura en el horizonte.

-¡Caramba, profesor! -exclamó Scurry-. ¿Cómo lo adivinó usted?

Hartley no contestó. Miraba fija y gravemente al lejano surtidor de vapor.

-Contésteme a esta pregunta, profesor -dijo Kirke sin volver la cabeza-. ¿Es bueno, o malo para nosotros el haber encontrado habitado este mundo?

-¿Decía usted? ¡Ah, ya! Pues... no sé. ¿Qué quiere que le diga? Esto plantea una situación completamente nueva. Tendría que conocer a los

habitantes de Titania y saber lo que piensan para decirle lo que cabe esperar de ellos. Yo... ¡bueno! Me estoy preguntando qué significan esas columnas de vapor. ¿Se atrevería usted a volar a través de una de ellas?

-¿Qué se propone?

-Solamente tomar una muestra de aire.

Kirke consideró en silencio las posibilidades de que ello pudiera entrañar algún riesgo para los aparatos. ¿Pero qué peligro podría haber en pasar a través de una de aquellas columnas de vapor? Aparentemente eran inofensivas. Y ellos estaban allí para indagar después de todo. De manera que había que correr algún riesgo.

-Vaya a la bomba y prepárese para llenarla de aire cuando yo le diga -murmuró. Y redujo todavía más la velocidad de vuelo del aparato.

Se acercaban al «geiser» de vapor, perdiendo altura. Como en el caso anterior, la columna vaporosa parecía brotar de la cúspide de una gigantesca cúpula de 500 metros de altura. Uno a cada lado se veían dos enormes espejos parabólicos, idénticos a los de la otra instalación. Si hubiera habido algún ser humano en las instalaciones, Kirke lo habría visto a través del telescópico de su cámara televisora.

Volando a sólo un millar de metros sobre el nivel del suelo, o sea a unos 500 de la monumental cúpula cubierta de hielo, Kirke metió el «orbimotor» por entre la columna de vapor al tiempo que gritaba:

-¡Ahora, profesor!

El chorro de vapor salía con tanta fuerza que hizo oscilar el aparato. Al salir de la nube blanca Kirke se encontró volando de nuevo sobre la llanura.

En el horizonte, una línea de objetos desconocidos chisporroteaban mortecinamente heridos por los débiles rayos del Sol. No se veían columnas de vapor, pero Kirke supuso que se trataría de más espejos parabólicos.

Enderezó el rumbo hacia ellos haciendo descender el «orbimotor» casi a ras del suelo. Y aunque los objetos brillantes estaban lejos no trató de aumentar la velocidad. No tenía prisa en llegar. En realidad necesitaba tiempo para pensar. Porque, como dijo el profesor Hartley, la existencia de habitantes en Titania cambiaba totalmente la situación. No sabía aún si para bien o para mal. Pero tenía que ser distinto ahora.

Volando a unos 100 kilómetros por hora el «orbimotor» iba a tardar unos diez minutos en llegar hasta los supuestos espejos parabólicos. El horizonte de Titania ofrecía la particularidad de ser mucho más curvado que el horizonte terrestre. Porque el satélite era mucho más pequeño que la Tierra.

El profesor Hartley reapareció en la cámara de derrota seguido de Milford.

-Pronto concluyó ese análisis -dijo Kirke.

Y el profesor contestó:

-No se trataba en realidad de un análisis. Solamente de hacer una comprobación. Esos chorros que salen de las cúpulas son de oxígeno. Oxígeno puro, para más detalles.

Kirke se quedó mirando al astrónomo.

-¿Y bien? -murmuró.

-Pensé que podía tratarse de una salida de ventilación de alguna gran ciudad subterránea. Pero ha resultado ser todo lo contrario. ¿Sabe usted? Esto puede parecer fantástico, pero creo que los habitantes de Titania, a falta de plantas de verdes para que lo hagan, están regenerando la atmósfera de su pequeño mundo propinándole grandes cantidades de oxígeno puro.

-¿Oxígeno extraído del agua por electrólisis, como el que respiramos nosotros a bordo? -inquirió el comandante Scurry.

-O fabricado por fotosíntesis. Es lo más seguro.

-Y lo más complicado también -apuntó miss Spur-. Hace lo menos un siglo que nuestros sabios andan detrás del secreto de la fotosíntesis, y aunque se ha avanzado mucho, todavía estamos lejos de poder fabricar alimentos y oxígeno como lo hacen las plantas.

-Lo que para nuestros sabios constituye todavía un misterio puede haber sido resuelto por los habitantes de Titania hace quizá un millón de años. Por fuerza tiene que haber sido así, ya que de lo contrario, ¿de dónde sacarían sus alimentos en un mundo donde no crece ni una sola brizna de hierba?

Kirke Tarrant, que no había apartado un momento los ojos de la pantalla de televisión, arrugó el ceño. Los objetos que brillaban a la luz del Sol no eran espejos parabólicos.

-¡Haló, Tarrant! -gritó la voz del teniente coronel Longhorn por la radio-. ¡Vas derecho a meterte en un terreno sembrado de cúpulas de vidrio!

Esto era precisamente lo que le parecía a Kirke Tarrant. Y aunque ignoraba lo que aquellas cúpulas pudieran significar, se alarmó.

Abrió el regulador de las toberas de popa e inclinando bruscamente el ala del lado de babor viró 90 grados. Miss Spur, Milford y el profesor Hartley que estaban de pie, se asieron con fuerza al respaldo de los sillones para no ir a dar contra la pared. El aparato, casi rozando el suelo, se lanzó hacia adelante cobrando impulso.

De pronto, una figura humana apareció enmarcada en la pantalla de televisión. Se encontraba quizás a 500 metros de distancia, pero Kirke no había cambiado la lente telescópica del objetivo, así que el hombre parecía encontrarse casi encima del aparato cuando los terrícolas le vieron por primera vez.

En una fracción de segundo los ojos de Kirke Tarrant y Alan Scurry se

desorbitaron hasta alcanzar un tamaño triple de lo normal.

El «orbimotor» se precipitaba sobre una montaña de carne con figura humana... un monstruoso gigante de más de 20 metros de estatura, vestido con ropas blancas, el espantoso rostro cubierto de largo y oscuro vello, los grandes ojos fijos al parecer en los osados terrícolas que le miraban a través de la pantalla televisora.

El gigante estaba completamente inmóvil, los largos y robustísimos brazos caídos a lo largo del cuerpo, y hubiera parecido una ciclópea estatua representativa de algún dios pagano y terrible sin aquellos... ¡aquellos grandes ojos que se levantaban siguiendo la trayectoria del aparato!

Lanzando una ahogada exclamación, Kirke Tarrant empujó violentamente la palanca que abría las toberas de la quilla. El «orbimotor» dio un salto hacia arriba. Pero antes que la imagen escapara del foco del objetivo televisor, Kirke pudo ver al gigante que se arrojaba al suelo para esquivar la máquina que debió pasar zumbando sobre su cabeza.

-¡Dios bendito! -exclamó Alan Scurry pegando un brinco en el asiento-. ¡Un gigante! ¿Lo han visto? ¿Lo han visto ustedes?

-¡Un titán! -exclamó el profesor Hartley roncamente.

Aplanado por el estupor, Kirke Tarrant había quedado inmóvil en su asiento en tanto la máquina seguía elevándose. A sus espaldas, la tripulación parloteaba excitadamente. El capitán Porter y el sargento Ellis habían abandonado sus puestos y trataban de hacerse explicar el aspecto que tenían los habitantes de Titania.

Para aumentar la confusión, la excitada voz del teniente coronel Longhorn se unió a la zarabanda brotando del tornavoz de la radio:

-¡Fantástico, Kirke... fantástico! Casi te estrellas contra él. ¿Lo has visto? Es alto como una torre... ahora se pone de pie y se queda mirando cómo te alejas... ¡No! Ahora nos contempla a nosotros... ¡Escucha, Kirke! Hay algunos gigantes más entre esas cúpulas de cristal... Esto es una ciudad, Kirke. ¡Una ciudad de gigantes!

Maquinalmente Kirke alargó la mano y conectó la pantalla al objetivo emplazado en la popa del «orbimotor».

En la pantalla apareció a vista de pájaro una dilatada llanura que ofrecía la curiosa sensación de estar sembrada de millares de enormes cuentas de vidrio, bien alineadas y, a medias incrustadas en la dura costra de hielo. Estos millares de esferas chisporroteaban a la vez a la luz del Sol cubriendo completamente el suelo... hasta los confines del combado horizonte.

El «orbimotor» seguía elevándose y la panorámica abarcada por el objetivo se hacía más amplia con la altura, si bien que menos precisa en los detalles. Además; el «orbimotor» se alejaba a la vez que ganaba altura.

-¡Una ciudad de gigantes! -murmuró Kirke Tarrant para sí.

Y el gran sentido de la responsabilidad que vivía en su conciencia

repiqueteó como un timbre de alarma. Se dijo que era el responsable de una expedición mandada al espacio en busca de refugio para la Humanidad, y que no podía permitirse el lujo de correr riesgos innecesarios.

Así que empuñó el micrófono y ordenó:

-¡Haló, Eddie! No te encandiles y echa tras mí. ¡Largo!

Los dos «orbimotores» terrícolas se alejaron más que deprisa de la vecindad de la población titánica.

-Caliente el radar y no pierda de vista la pantalla, sargento -ordenó Kirke-. Es muy posible que salgan algunas aeronaves en persecución nuestra.

-¿Nos volvemos a la Tierra sin haber visto más de este mundo? -preguntó miss Spur.

A lo que Kirke contestó secamente:

-Nadie ha dicho que nos vayamos a marchar. Simplemente necesitamos tiempo para establecer un plan de acción. Diga usted, profesor Hartley. ¿Qué piensa de todo esto?

-¿Y qué voy a pensar? -exclamó el astrónomo, todavía temblando de excitación-. Estoy tan sorprendido como usted. Ya era una suerte haber encontrado un mundo con una atmósfera apropiada a nuestro organismo... ¿pero habitada, además?

-¡No me diga que es una suerte que este mundo esté habitado! Se me antoja que esos tipos gigantescos jamás nos permitirán poner pie en su mundo. ¡Esto es tener mala pata! -exclamó Kirke.

-Considere que la habitabilidad de este satélite y sus mismos habitantes son inherentes -apuntó el astrónomo-. Los titanes no existirían sin Titania. Pero Titania, a su vez, sería inhabitable sin sus gigantes. Este mundo hubiera perdido su atmósfera hace millones de años si sus habitantes no se hubieran cuidado de regenerarla añadiéndole grandes cantidades de oxígeno. Probablemente disponen también de algún sistema para calentar la atmósfera. De no ser así, el frío de este satélite sería tan intenso que ni aún los seres acostumbrados a soportar las más bajas temperaturas podrían vivir en él. De manera que hay que aceptar a Titania tal como es. Sin esos gigantes, este sería un mundo inhabitable para nosotros.

-Y así también -repuso Kirke con pesimismo-. ¿O se cree que esa gente se dejará invadir de mil quinientos millones de huéspedes sin decir esta boca es mía?

-No tengo idea de lo que esos gigantes pensarán acerca de nosotros -murmuró Hartley-. Desde luego, la misión científica que nos trajo aquí parece haberse convertido en una misión diplomática. Ese asunto no me concierne. No es de mi especialidad.

-¡Oh, ya lo sé... ya lo sé! -exclamó Kirke enojado-. Quiere usted decir que la responsabilidad es solamente mía de aquí en adelante. Usted ha

encontrado un mundo habitable. Ahora me toca a mí averiguar si nos dejan habitarlo.

-No era eso precisamente lo que quería decir, general. Usted tampoco es diplomático. Como piloto astronáutico ha hecho su parte trayéndonos hasta aquí sin percance. Sólo nos resta tomar unas cuantas fotografías, aterrizar un minuto, sólo para que no se diga que nos volvimos sin pisar siquiera el suelo de Titania, y emprender inmediatamente el regreso a la Tierra.

-¿Marcharnos sin saber cómo acogerán los titanes nuestra pretensión de hacerles compañía? -protestó Kirke escandalizado-. Eso es lo mismo que no haber hecho nada.

-Otra expedición puede venir más tarde con científicos y diplomáticos y entablar relaciones de amistad con los titanes.

-¡Oh, sí! Y transcurriría todo un año antes que esa expedición estuviera de regreso en la Tierra con planes concretos para el futuro. No podemos vivir tanto tiempo en la incertidumbre. Yo no lo soportaría. Y tampoco esos millones de seres humanos para quienes una respuesta afirmativa o negativa representa la diferencia entre la salvación y la muerte lenta por envenenamiento radioactivo. Nosotros hemos venido aquí para averiguar si la Humanidad puede salvarse entera o tiene que resignarse a perecer en su mayor parte. ¡Bueno! Pues lo que es Kirke Tarrant nunca dejó sin cumplir una misión. Desembarcaré solo, si es que nadie quiere acompañarme. Iré en busca del Presidente, el Rey o quienquiera gobierne este mundo, y le expondré nuestro caso sin andar con rodeos.

-¿Y en qué idioma lo hará usted, general? -preguntó Hartley-. ¿No se le ha ocurrido pensar que los titanes no hablan el inglés... casi con certeza absoluta?

Kirke Tarrant frunció el ceño.

-No había pensado en eso -murmuró. Y luego, tras una pausa reflexiva añadió con viveza-: Bien, ¿y qué? Los diplomáticos que vengan más tarde encontrarán las mismas dificultades que yo, ¿no es cierto?

-Una expedición bien preparada podría traer consigo medios más o menos gráficos, más o menos ingeniosos, para hacerse comprender de los titanes.

Kirke contempló al astrónomo durante unos segundos.

-Mire -dijo al cabo-. No me hará desistir de mi idea. Nada se pierde haciendo una prueba. Usted y la señorita Spur pueden pasar a bordo del aparato de Longhorn y emprender el regreso a la Tierra. Yo intentaré entablar relaciones de amistad con los gigantes. Sólo necesito un voluntario para que me ayude a pilotar el aparato de regreso a la Tierra... si acaso hay regreso. ¿Alguien quiere quedarse conmigo? -preguntó mirando a la tripulación.

-Eso ni se pregunta -contestó el comandante Scurry-. Yo me quedo con usted.

-Y yo -dijo el capitán Porter.

-Y yo, desde luego -dijo el sargento Ellis levantando una mano.

Kirke miró uno por uno a sus hombres encontrando en todos la misma firme resolución de acompañarle.

-Bueno -gruñó-. Nos quedaremos los cuatro. Al fin y al cabo, ¿por qué han de ser tan malos los gigantes?

-Si no le importa, general... yo también quiero acompañarle -dijo Helen Spur dando la vuelta al sillón para colocarse frente a Kirke.

Kirke la miró. Tenía ella las frescas mejillas arreboladas por la excitación, y las bellas pupilas le brillaban. «Es bonita», se dijo Kirke. Y este pensamiento le enojó.

-Usted, el profesor Hartley y el señor Milford transbordarán ahora mismo al «orbimotor» de Longhorn -contestó secamente.

-¡Pero si yo deseo quedarme! -protestó la joven.

-No importa. Usted se marcha.

-Escuche, general. ¡No puede hacerme eso A MÍ! -gritó miss Spur arrojando lumbre por los ojos-. ¿Por qué se cree usted que me colé de polizón en este aparato? Soy periodista, ¿lo recuerda? Vine presintiendo un reportaje sensacional y no me marcho sin conseguirlo.

-Ya tiene usted su reportaje -contestó Kirke pacientemente-. Ha sido la primera mujer que ha volado por el espacio, ha visto a Urano de cerca, a Titania, a sus habitantes y sus ciudades. ¿Qué más quiere?

-Quiero desembarcar con usted. Sacarles fotografías a los gigantes... ver como viven y, si es posible, hacerles una interviú.

-Usted está más loca que una cabra -aseguró Kirke. Y tomando el micrófono llamó a Longhorn para decirle-: Vamos a aterrizar aquí mismo, Eddie. Vas a tomar a los astrónomos y a la señorita Spur a bordo y emprender inmediato regreso a la Tierra. Los demás nos quedamos un rato por aquí... Vamos a ver si es posible echar un párrafo con esos gargantúas, contarles nuestras cuitas y conseguir de ellos permiso para que nuestro mundo se aloje aquí por una larga temporada.

-Un momento, general -dijo Hartley poniendo su mano sobre el hombro de Kirke-. Si es por nosotros... ¡bueno! Estoy pensando que tal vez pueda serle de alguna utilidad ahí abajo. Después de todo, también a mí me gustará conocer más cosas acerca de los gigantes. Y creo que Milford piensa como yo.

-Oh, seguro -exclamó el joven sonriendo de oreja a oreja.

Kirke apartó el micrófono de sus labios para observarlos con mirada escrutadora.

En este momento el sargento Ellis gritó:

-¡Atención, general! Objeto celeste desconocido se acerca por las CUATRO Y MEDIA. Viene muy aprisa... y es muy grande por la intensidad del «eco».

Todos los músculos de Kirke Tarrant se pusieron en violenta tensión. Para los efectos de orientación se consideraba al piloto del «orbimotor» sentado en medio de un reloj imaginario mirando a las DOCE EN PUNTO. El «objeto desconocido» se acercaba pues por la derecha y hacia atrás.

Kirke movió ligeramente los mandos a fin de dar la proa al aparato que llegaba y que éste pudiera verse en la pantalla de televisión.

-¡Mírelo, ahí viene! -chilló Scurry con voz aguda.

Una extraña aeronave, de tamaño gigantesco, se veía flotando en el espacio, cerca de la línea del combado horizonte. Los rayos del Sol arrancaban mortecinos chisporroteos de los cristales de la cabina del aparato.

-¡Abre el regulador a tope, Alan! -gritó Kirke. Y a continuación, acercando el micrófono a los labios, añadió con rapidez-. ¡Hola, Eddie! Aeronave desconocida nos persigue... ¡No contestes...! Elévate, abre el regulador y sal de aquí más que deprisa. Yo trataré de entretener a ÉSE mientras tú escapas.

-¡Pero...!

-¡Haz lo que te ordeno, Eddie! -gritó Kirke.

Del tornavoz del aparato de radio salió un gruñido. Luego se escuchó la orden que Longhorn daba a su copiloto: «Máquina avante toda, Louis. Abre el regulador y elévate a la carrera. No pierda de vista ese radar, James».

-Ya está, Kirke -anunció Eddie Longhorn por la radio-. ¡Y maldita sea si esto me gusta nada! ¿Qué es lo que te propones, si puede saberse?

-Escucha rápido y no interrumpas, Eddie. No hay tiempo que perder. He decidido desembarcar y tratar de entrevistarme con los gigantes, en un intento para averiguar qué piensan respecto a nosotros... si nos permitirían evacuar a nuestra gente en este mundo, y todo lo demás.

-¡Kirke, tú...! -rugió la voz del teniente coronel Longhorn.

-No estoy loco, si es eso lo que quieres decir -le interrumpió Kirke secamente-. Trato solamente de ganar tiempo. Si se me permite regresar a la Tierra, lo cual espero, lo haré llevando una respuesta definitiva de esta gente. Vosotros volaréis ahora como centellas hasta los Estados Unidos. Te entrevistarás con el Presidente y le contarás todo lo que has visto... que Titania es perfectamente habitable para nosotros, que está habitada de una raza de gigantes y todo lo demás. ¿Comprendido?

-¡Sí, diablo! ¿Pero, y tú? ¿Qué será de ti y de todos los demás?

-Los demás se han ofrecido voluntariamente a quedarse conmigo. No hay razón para temer lo peor. ¿Quién sabe? -Kirke Tarrant miró con el ceño fruncido a la aeronave desconocida que a través de la pantalla de televisión

les iba sacando ventaja rápidamente-. Tengo esperanzas de llegar a un acuerdo con los titanes. El profesor Hartley cree que se trata de una raza muy inteligente, con varios millones de años de antigüedad. Si esto resulta cierto, los gigantes contarán con medios de defensa poderosísimos... ¡nunca podríamos invadir este mundo sin su consentimiento! ¿Comprendes? Así que hay que llevar la cosa al terreno del razonamiento y...

Kirke Tarrant se interrumpió. Un dardo de luz verde-azulada acababa de brotar del aparato desconocido y, surcando el aire como un relámpago, fue a caer sobre el «orbimotor».

CAPÍTULO VI

Miss Helen Spur se asió al brazo de Kirke Tarrant lanzando un grito de terror.

Con el corazón paralizado por el miedo, el general Tarrant quedó clavado a su asiento esperando la desintegración instantánea o la fusión rápida de su aparato bajo los efectos de aquel dardo luminoso.

Pero el aparato no se desintegró, cual parecía ser lo lógico dadas las fantásticas circunstancias concurrentes en la aventura. No ocurrió sino que las luces, la pantalla de televisión y la voz del teniente coronel Longhorn, que chillaba por la radio, empezaron a debilitarse y se apagaron por completo.

La cabina quedó sumida en la más completa oscuridad.

Simultáneamente con el apagón de todas las luces de a bordo, incluidas las del tablero de instrumentos, el piso osciló bajo los pies de los astronautas. Y enseguida se experimentó una sensación de descenso, como la de un montacargas al ponerse en marcha hacia la planta baja de un edificio.

-¡Caemos! -gritó el comandante Scurry presa de terror.

Kirke Tarrant reaccionó haciendo saltar los pasadores de su cinturón de seguridad y poniéndose en pie, tanteando en la oscuridad. Sus manos tocaron un tejido áspero, el «mono» de mecánico que vestía miss Helen Spur. La muchacha lanzó un gemido y se le abrazó.

-¡Calma, calma! -gritó Kirke, aunque él mismo estaba muy lejos de sentirla.

El aparato caía. Se hundía en el espacio atraído por la fuerza de gravedad de Titania que, aunque débil, era suficiente para hacer que el «orbimotor», acelerando en su caída a una velocidad equivalente al cuadrado de los tiempos empleados, se estrellara en mil pedazos contra el suelo.

Inesperadamente, la luz brilló sorprendiendo en los rostros una unánime expresión de terror. El mecanismo electromagnético del «orbimotor», que no debió sufrir daño, funcionó de nuevo frenando con suavidad la caída del aparato.

Con el restablecimiento de la corriente eléctrica funcionaron todos los servicios, incluidos la radio y la televisión.

En la pantalla los sorprendidos ojos del general Tarrant vieron de nuevo la gigantesca aeronave persecutora, la cual se encontraba ahora a solamente un millar de metros de distancia.

-¡Kirke, Kirke! -gritó la voz del teniente coronel Longhorn por la radio-. ¡Contéstame, por Dios! ¿Qué ocurre? ¿Por qué...?

De nuevo el dardo luminoso salió proyectado de la aeronave titánica

envolviendo al «orbimotor» terrícola. Y, como la vez anterior, las luces de a bordo se debilitaron, se apagó la voz de Longhorn en un murmullo, las imágenes de la televisión se borraron... y sobrevino la oscuridad total.

El «orbimotor» empezó a caer nuevamente en el vacío.

-¡Caemos... caemos otra vez, general! -gimió la periodista hundiendo el rostro en el hombro de él.

Kirke la cercó en sus brazos tocado de piedad. Ciertamente, él no se encontraba en mejor situación que la muchacha. Y no obstante le inspiraban lástima los gemidos y el temblor del cuerpo de ella contra su propio cuerpo.

El «orbimotor» descendió algunos centenares de metros como una piedra. De pronto la luz volvió a brillar y, con ella, de nuevo se restablecieron todos los servicios eléctricos de a bordo.

Pero apenas el mecanismo electromagnético había frenado la velocidad de caída del «orbimotor» y la televisión funcionaba de nuevo, cuando las luces se apagaron misteriosamente.

-¿Pero qué diablos ocurre? -aulló Alan Scurry en la oscuridad.

-¡Escuchen! -dijo el capitán Porter-. ¿No oyen el zumbido de nuestra turbina?

Se hizo el silencio. En efecto, se escuchaba el suave zumbido del grupo electrógeno. Y esto dio a Kirke la solución, o lo que él creía la solución del enigma.

-¡Esos tipos nos están sacando la electricidad de a bordo por medio de su rayo luminoso! -exclamó.

-¡Imposible! -exclamó Scurry. Y rectificando enseguida añadió-. Bueno. Quise decir... ¡fantástico!

-¡Dios mío! -gimió miss Spur-. ¿Qué se proponen hacer con nosotros?

Y la voz del profesor Hartley contestó en la oscuridad.

-Si es lo que me figuro podemos tranquilizarnos. Los titanes nos obligan a aterrizar robándonos la electricidad, pero lo hacen de forma que no descendamos con suavidad... quitándonos y devolviéndonos la corriente...

La luz volvió a brillar con fuerza, y el profesor Hartley concluyó:

-... alternativamente.

La luz brilló cinco segundos y tornó a apagarse.

-Esperen -dijo el sargento mientras el aparato reanudaba su caída, apenas interrumpida-. Creo que hay una linterna en este cajón.

Esperaron los astronautas en la oscuridad.

-Aquí está -dijo Ellis. Y brilló el chorro de luz de una lamparilla eléctrica.

Todos se sentían más tranquilos ahora. Los acontecimientos venían en apoyo de la creencia del profesor Hartley, porque las luces brillaron de

nuevo y se apagaron otra vez apenas la máquina se había detenido en su caída.

Los titanes, al parecer, deseaban coger vivos a los audaces intrusos. Esto lo aceptaron los terrícolas con tan segura confianza que hasta miss Spur se desasió de los brazos del joven general. Éste, a su vez, la soltó para desplegar el tren de aterrizaje, el cual funcionaba por un mecanismo hidráulico.

Finalmente, tras una sucesión de apagones y vueltas a la normalidad, el «orbimotor» llegó al suelo. Se escuchó un blando golpe, acompañado de cierta oscilación del piso, y el aparato quedó completamente inmóvil, las luces apagadas, pese a seguir funcionando el motor.

-Bueno -dijo el capitán Porter-. Hemos aterrizado, quieras que no. ¿Y ahora, qué?

-Ahora -contestó Kirke sintiéndose de nuevo capaz de dominar la situación-, pueden empezar a equiparse con ropas de abrigo. No debemos hacer esperar a nuestros amigos.

El sargento Ellis bajó hasta el pañol volviendo con media docena de linternas eléctricas que repartió. Los astronautas, que habían puesto a punto sus ropas de abrigo al aproximarse a Titania, corrieron a enfundarse en sus trajes de esquimal.

-¡Vamos... vamos! -apremió Kirke embutiéndose en su propio abrigo.

Y habiendo terminado antes que sus compañeros se dirigió hacia la escotilla de acceso al aparato. Antes de abrir la pesada compuerta, interiormente forrada de plomo, Kirke abrió una válvula para que escapara el aire contenido a presión en la cabina, de forma que se igualó la presión interior con la que reinaba afuera.

Todavía estaba en esta maniobra cuando se le reunieron junto a la escotilla el profesor Hartley, el comandante Alan Scurry, el sargento John Ellis, y el capitán Walter Porter.

Miss Spur y Herbert Milford llegaron precipitadamente cuando Kirke descorría los pasadores de la puerta. Al parecer se habían entretenido recogiendo sus cámaras fotográficas y cinematográficas.

La formidable puerta de titanio y plomo cedió al empuje aunado de Kirke y el capitán Porter con una facilidad que éstos no esperaban. Ésta era debida a la escasa fuerza de gravedad de Titania... sólo que los terrícolas estaban en aquel instante demasiado excitados y nerviosos para reparar en minucias como ésta.

La puerta se abrió, en fin, y aquellos hombres venidos de 8.350 millones de kilómetros, desde la lejana Tierra, sintieron por primera vez en sus rostros el soplo frío de un aire extraño.

Ante ellos, a unos 100 metros de distancia, dos montañas de carne con figura humana les esperaban en tensa inmovilidad. Vestían ropas blancas,

de corte que apenas se diferenciaban de los propios trajes de los terrícolas -pantalones embutidos en altas botas, camisa larga y capucha- y tenían en las manos unos objetos de forma un tanto rara, lejanamente parecidos a pistolas.

Un sentimiento de anonadadora pequeñez se apoderó de los terrícolas al levantar sus ojos para abarcar la gigantesca estatura de aquellos rascacielos humanos. A la derecha, posada en el suelo y con su rayo luminoso todavía asestado sobre el «orbimotor», se veía la aeronave persecutora. Esta aeronave, proporcionada al tamaño de sus gargantuescos tripulantes, era tan enorme que el «orbimotor» parecía un cascarón de nuez junto a los férreos costados de un imponente acorazado.

Titanes y terrícolas se contemplaron en silencio por espacio de unos minutos.

-Me siento como un gusano a los pies de un elefante -murmuró Alan Scurry-. ¡Qué tipos! ¿Cómo habrán podido crecer tanto?

-Es una consecuencia lógica de la débil fuerza de gravedad de este mundo -dijo el profesor Hartley sin apartar sus ojos maravillados de los gigantes-. Contrariamente a lo que ocurriría en Urano, donde sus habitantes habrían de ser muy pequeños y ligeros para poder soportar una fuerza de gravedad aplastante, la débil atracción de Titania ha permitido a sus habitantes adquirir proporciones colosales.

-Sí, sí... eso lo comprendo bastante bien -dijo Scurry-. Pero, ¡amigo! Habrá que ver a estos tipos sentados a la mesa tragándose rebaños enteros de carneros como si fueran almejas.

-No diga tonterías -refunfuñó el astrónomo, más atento a lo que pudieran hacer los titanes que a las palabras del comandante-. Si hubiera carneros estarían proporcionados al tamaño de los hombres, de manera que... ¡Atención! -avisó en voz baja-. Los gigantes se mueven.

Así era. Uno de los titanes había dado un paso adelante, y el otro le siguió. En este momento Helen Spur enfiló con su cámara fotográfica a los gigantes y... ¡zas!

Brilló el destello deslumbrante del «flash».

Los gigantes dieron un enorme salto atrás en tanto alargaban sus manos armadas con aquellas extrañas pistolas.

-¡Idiota! -gritó Kirke Tarrant.

Dos relámpagos restallaron en el aire como latigazos, brotando de los cañones de las armas titánicas.

Una descarga eléctrica sacudió brutalmente a Kirke Tarrant de pies a cabeza. Lo último que vio fue una llama azul envolvente, deslumbradora... El fuerte «shock» eléctrico le hizo caer redondo sobre el hielo.

CAPÍTULO VII

Un suave zumbido traspasó el muro de silencio y oscuridad que envolvía al general Kirke Tarrant.

«Esas condenadas muchachas, ya andan por ahí con su dichoso aspirador», se dijo.

Y buscó a tientas el embozo de la cama para cubrirse la cabeza y dejar de oír aquel impertinente ruido.

No encontró el embozo, pero a través de sus cerrados párpados advirtió que había luz en la habitación. Alguien debía haber abierto la ventana.

«Esas mujeres de la WAAF», refunfuñó. «Me van a oír las muy insolentes».

Y abrió los ojos.

No se encontraba en su pequeña habitación de la residencia de jefes, ni tampoco en la litera de su «orbimotor». Una cubierta se extendía sobre él en forma de bóveda. Parecía la techumbre de un hangar para zeppelines, pero este techo era transparente. De cristal azul. La luz pasaba a través de este cristal y le envolvía a él en una fantástica, difusa luminosidad azulosa.

A Kirke, todo aquello le parecía muy extraño. No recordaba haber visto jamás esta habitación. ¿Cómo llegó hasta aquí?

Hizo rodar la cabeza para seguir hasta el fin aquella bóveda azul. Al volverse, sus ojos fueron a caer sobre un cuerpo humano que aparecía tirado junto a él. Aquella figura yacía encogida, vuelta de costado. Se cubría el rostro con las manos, y a juzgar por el movimiento de sus hombros... ¡estaba llorando!

De pronto la persona aquella apartó las manos de su rostro. Unos grandes ojos pardos se clavaron en Kirke a través de las lágrimas. ¡Era miss Helen Spur!

-¡Oh, gracias a Dios que recobra usted el conocimiento! -exclamó la muchacha recogiendo una lágrima con el envés de la mano-. ¡Temí que hubiera muerto!

Kirke Tarrant lo recordó todo. Como un muro que se derrumba, así cedió la barrera invisible interpuesta entre él y su memoria. Los recuerdos cayeron sobre él como una avalancha, aplastándole, llenándole de terror, arrastrándole en forma de ola impetuosa.

Un instante se quedó mirando a la muchacha con ojos desorbitados. Ella debió interpretar esta mirada en el sentido de un duro reproche, porque exclamó:

-¡No me mire así, por Dios! Ya sé que tengo la culpa... No se me ocurrió pensar que los gigantes se asustarían al brillar el «flash» de mi cámara... ¡Oh, soy una estúpida!

-¿Dónde están los demás? -preguntó Kirke mirando a su alrededor.

Pero la pregunta era innecesaria; porque los demás, Hartley, Milford, Scurry, Porter y Ellis estaban allí mismo, tendidos en el piso.

Alan Scurry empezaba a dar señales de vida. Kirke fue hasta él, le sacudió por un hombro y le ayudó a recordar. Scurry se palpó brazos y piernas y preguntó:

-¿Dónde diablos estoy?

Kirke no podía decírselo, pues sabía lo mismo que él. Así que fue a espabilar al sargento Ellis.

Resultaba que casi todos ellos habían pasado insensiblemente de su desmayo a un sueño tranquilo y reparador. Ellis, Milford y Porter despertaron apenas se les sacudió. El profesor Hartley, quizás por ser más viejo y de constitución más débil, fue el último en recobrar el conocimiento.

-¿Que ha ocurrido? ¿Dónde estamos? -preguntó.

-Como ocurrir ya sabe usted lo que ocurrió. A la señorita Spur se le ocurrió disparar su cámara fotográfica contra los gigantes. Ellos debieron alarmarse al ver el fogonazo y dispararon sus pistolas contra nosotros. Debieron conducirnos aquí desmayados -dijo Kirke.

El profesor levantó los ojos hasta la bóveda. A través del cristal azul de ésta se veía una especie de gigantesco foco eléctrico que brillaba sobre sus cabezas.

-Estas paredes son transparentes -observó Hartley.

Se acercaron a uno de los altos muros de cristal. Pegando el rostro a él vieron a través del vidrio un espacio inmenso al parecer desierto. A unos 50 metros de distancia se veía una plataforma sobre la que se levantaba algo parecido a una casa de campo.

-Es una mesa -murmuró Hartley-. Y lo que hay encima una simple caja.

-¡Entonces estamos en una habitación titánica... encerrados en un féretro de cristal! -exclamó Kirke.

-Me parece que sí.

Callaron los terrícolas, impresionados por la enormidad de las cosas que les rodeaban, a la vez que aniquilados por su propia pequeñez e insignificancia.

-¡Bueno! -exclamó Scurry-. Esto es tremendo. Ahora comprendo lo que debían sentir aquellas colecciones de grillos que yo encerraba de muchacho en una caja de zapatos.

La comicidad de la frase sólo pudo arrancar una débil sonrisa de labios de Kirke Tarrant. La verdad era que se sentía muy humillado. ¡Miren que encerrarles en una caja como si fueran un puñado de grillos!

De pronto, la difusa luminosidad azul estalló en un cegador resplandor blanco. Era que acababan de encender las luces de la habitación donde estaba el féretro de cristal. Las paredes de éste se volvieron más

transparentes.

Como a través de los cristales de unas gafas ahumadas, los sorprendidos terrícolas vieron abrirse una gigantesca puerta, por la cual entraron tres titanes vestidos de camisa y calzón.

Los gigantes llevaban descubiertas las cabezas, y los brazos desnudos. Desnudos de toda ropa, se entiende. Ya que aquellos robustísimos miembros estaban cubiertos hasta el dorso de las manos de largo y espeso vello.

Los titanes se acercaron al féretro y se inclinaron para observar a los diminutos prisioneros como un naturalista contempla unos ejemplares raros de mariposas a través de una lupa.

-¡Dios mío, qué feos son! -murmuró miss Helen Spur arrimándose instintivamente al profesor Hartley.

Un ligero estremecimiento recorrió la médula de Kirke Tarrant al mirar aquellos rostros. Éstos, sin embargo, no le parecían tan horribles. En todo caso eran más simpáticos que una cara de gorila. Tenían corto y sedoso el vello de la cara, grandes e inteligentes los ojos, y rizado y abundante el cabello negro.

Uno de los titanes entreabrió su enorme boca y empezó a mover los labios. Hablaba, pero su voz sólo llegaba como un murmullo hasta el fondo de la hermética caja de cristal.

-¿Qué se propondrán hacer de nosotros, profesor Hartley? -preguntó el capitán Porter-. ¿Lo sabe usted?

-No tengo la menor idea. Aunque, evidentemente, estos gigantes no son malos. Nos obligaron a aterrizar poniendo especial cuidado en no lastimarnos. Y luego, al creerse atacados, nos redujeron a la impotencia adormeciéndonos en vez de matarnos. Nosotros no nos hubiéramos comportado tan humanitariamente con unos extranjeros llegados inopinadamente a la Tierra desde otro planeta.

-Seguramente lo hubiéramos hecho con unos visitantes que apenas alzaran un palmo del suelo -dijo Kirke-. La pequeñez suele inspirar confianza... o compasión. Eso es probablemente lo que los titanes sienten hacia nosotros. Compasión.

El gigante que había estado hablando se alejó unos pasos. Fue hasta un cuadro de mandos tan grande como la fachada de un edificio de diez pisos y movió algunas palancas.

La luz roja que brillaba sobre la cabeza de los astronautas se apagó. También cesó el zumbido que Kirke confundiera en sueños con el aspirador de las mujeres que solían limpiar sus habitaciones allá en la ¡ay! lejana Tierra. Acto seguido, los terrícolas experimentaron una sensación extraña, como si una bomba invisible les sacara el aire de los pulmones.

Una sensación así experimentaron los astronautas momentos antes de

desembarcar, al abrir la válvula para que la presión de la cabina se igualara con la presión atmosférica de Titania. Los gigantes, al parecer, habían metido oxígeno en el féretro a una presión aproximadamente igual a la de la atmósfera terrestre al nivel del mar. Y ahora hacían descender aquella presión.

-Van a sacarnos de aquí -aseguró Kirke.

En efecto. Uno de los gigantes manipuló bajo el tablero de la mesa donde descansaba el féretro, y toda la caja de cristal se abrió hacia arriba dejando a los intranquilos prisioneros sobre el que había sido piso de su encierro.

De nuevo titanes y terrícolas se contemplaron unos a otros de hito en hito. Uno de los gigantes habló, y su voz sonó como un trueno en los delicados oídos terrestres. Naturalmente, los astronautas no entendieron una sola palabra.

El gigante que había ido hasta el tablero de instrumentos tomó aquella caja que estaba sobre la mesa contigua y que a Kirke le pareciera una casa la primera vez que la vio.

La caja no ofrecía nada de particular, excepto que parecía hecha de un material plástico. El titán la acercó al filo de la mesa y susurró algunas palabras al tiempo que señalaba el interior vacío con su gigantesco dedo índice:

-Quiere que entremos ahí -hizo notar el profesor Hartley. Y añadió-: Seguramente para trasladarnos a otra parte.

-Bien, pues. Entremos -dijo Kirke-. Más vale hacerlo por las buenas y no que tenga que cogernos con esas manazas.

Y precedió a los demás entrando el primero en la caja.

El resto del grupo le siguió. Cuando todos estuvieron dentro el titán cerró la caja con una tapadera ajustada. Los asustados terrícolas quedaron sumidos en total oscuridad.

Escucharon el roce de los dedos del gigante en el fondo de la caja. Luego un suave movimiento ascensional, seguido del cabeceo propio de un objeto llevado por una persona que fuera andando.

-Nos trasladan de sitio -murmuró el capitán Porter.

Esto resultaba tan evidente que nadie contestó.

Al cabo de un rato, mientras la caja continuaba moviéndose al compás de los pasos del que la portaba, Herbert Milford dijo:

-¿Saben lo que estoy pensando? Si los titanes nos admitieran como refugiados en este mundo, no tendríamos que preocuparnos mucho del alojamiento. Con una caja de las que ellos gastan para sus zapatos teníamos casa para una familia entera.

-Son hombres de poderosos recursos, no cabe duda -dijo el comandante Scurry-. Un pueblo terrestre entero cabría en una de sus casas. Y con la

comida que tragan cuatro de ellos habría suficiente para cien personas. ¡Caramba... caramba! A cada momento se me figura que estoy viviendo una pesadilla y voy a despertar pegando gritos en mi propia cama.

-Creo que a todos nos pasa igual -murmuró Porter.

Y callaron, rumiando en silencio sus propios pensamientos.

El viaje no fue demasiado largo. Escucharon voces, un tanto apagadas por la hermeticidad de la caja. Los dedos del gigante volvieron a frotar en el fondo y la «casa» volante quedó depositada en alguna parte con un blando choque.

Una mano quitó la tapa. La luz, entrando a raudales dejó deslumbrados por unos instantes a los norteamericanos. Con la mayor dignidad posible -era el representante de una gran nación terrestre, al fin y al cabo- el general Kirke Tarrant avanzó hasta el borde de la caja y miró a su alrededor.

La caja había sido depositada sobre una mesa tan grande que casi parecía la cubierta de vuelos de un portaaviones. Era una mesa larga, de superficie lisa y brillante como un cristal. Sentados alrededor se veían hasta cinco titanes mirando con suma gravedad a los diminutos personajes que iban saliendo de la caja.

La mesa, a su vez, se encontraba en medio de un salón inmenso, decorado con una sobriedad moderna rayana en lo austero; amueblada con muebles escasos, hechos de un material transparente como el cristal, sencillos y cómodos a la vez. Esta habitación no sólo parecía fría al gusto de los americanos, sino que hacía frío en ella. Un frío físico, real, que los imponentes personajes sentados a la mesa no parecían sentir a juzgar por la ligereza de sus ropas.

Mirando el salón, en donde todos los muebles, las puertas y los escasos detalles estaban levantados a la escala de los habitantes de Titania, el terrícola experimentaba la curiosa sensación de haber empequeñecido en obra y gracia de algún juego de brujería; acaso en la delirante fantasía de un sueño.

Así se lo pareció al menos a Kirke Tarrant mientras paseaba una mirada rápida sobre la habitación. Al lado de la mesa había una extraña máquina, aproximadamente del tamaño de un automóvil. Un titán que estaba manipulando en esta máquina depositó sobre la mesa, ante Kirke Tarrant, un objeto parecido a un altavoz. El altavoz quedó unido a la máquina con un hilo eléctrico.

Terminada la inspección del salón, Kirke Tarrant fijó su atención en los gigantes. Éstos vestían una sencilla camisa blanca -la cual parecía constituir el traje nacional de Titania- y no se diferenciaban de los otros titanes vistos por los terrícolas excepto por la particularidad de llevar bordado en un lado de la camisa un círculo amarillo.

El profesor Hartley y Helen Spur avanzaron hasta situarse a la misma

altura que Kirke Tarrant, uno a cada lado.

-¿Qué chisme será ése? -murmuró el astrónomo.

-Parece un altavoz -repuso Kirke-. Pero es más seguro que se trata de un micrófono.

-Esa máquina no me inspira ninguna confianza -dijo Helen Spur.

-Pues yo tengo puesta en ella todas mis esperanzas de llegar a un entendimiento con los titanes -contestó Kirke-. Puede que sea una máquina traductora de idiomas.

-¿Una máquina traductora de idiomas?

-Sí. ¿Por qué se sorprende? Hace años que esas máquinas funcionan en la Tierra con resultados prácticos.

-Mire -dijo la periodista-. Yo no entiendo gran cosa de ingeniería, pero se me antoja que nadie puede construir una máquina que traduzca al inglés, ni del inglés, a menos que conozca previamente este idioma.

-¿Y quien le dice a usted que el ingeniero que construyó esta máquina no sabía perfectamente el inglés?

-¿Quiere decir... que alguno de estos gigantes vino a los Estados Unidos para estudiar nuestro idioma? -inquirió la muchacha, retadora.

-Es más probable que algún inglés haya venido hace mucho tiempo a Titania para enseñar nuestra lengua a los titanes -contestó Kirke. Y como la periodista le mirara con sorna añadió-: El profesor dijo que este mundo es millones de años más viejo que la Tierra. Si los titanes empezaron a fabricar oxígeno y alimentos por fotosíntesis cuando nuestros antepasados andaban todavía cazando el «mamut» y habitando en palafitos allá en la Tierra, eso significa que los titanes cuentan con una civilización más antigua que la misma antigüedad terrícola. En ese tiempo, los titanes han podido hacer un millón de viajes a través del espacio. Si la curiosidad es en ellos una condición humana como lo es en nosotros, los titanes habrán explorado todos los planetas de nuestro sistema solar, incluida la Tierra. Habrán seguido el progreso de la civilización terrícola paso a paso y, seguramente, han venido más de una vez a la Tierra para ver «cómo andaba aquello». Así que, ¿es tan extraño que alguna vez desembarcaran en nuestro mundo y capturaran algún inglés para traerlo acá y estudiar nuestro idioma? ¿No haríamos nosotros eso si mañana descubriéramos habitantes en el planeta Venus?

A lo que el profesor Hartley contestó con amarga mordacidad:

-Seguramente haríamos más. Los llevaríamos a la Tierra metidos en jaulas y los exhibiríamos en las ferias y parques zoológicos como a bichos raros.

Miss Spur no respondió. Vencida por el razonamiento de Kirke Tarrant miró hacia la máquina con redoblado interés. El gigante que manipulaba en ella puso un micrófono ante el titán que parecía presidir la reunión, dio la

vuelta a un botón e hizo una seña.

-¡Chitón! Gargantúa va a hablar -susurró Scurry.

Los terrícolas quedaron expectantes. El gigante empezó a hablar. Su voz sonaba fuerte, aunque no atronadora. Habló ante el micrófono unos momentos, y luego hizo seña al encargado de la máquina. Éste invirtió el giro del botón y de la máquina brotó una voz humana que decía en buen inglés:

-«Bienvenidos a Titania, hijos de la Tierra. Os habla Ubaid, Encargado de Asuntos Interplanetarios de este Estado Libre. Hace años que esperamos vuestra visita. La Tierra es un mundo prohibido para los hijos de Titania, debido a la mayor fuerza de gravedad de vuestra patria, la cual no podríamos soportar nosotros más de unos minutos. Pero el titán, que os ha visto nacer hace miles de años, ha seguido con interés el desarrollo de vuestra civilización. Sabíamos que algún día penetraríais el enigma de las fuerzas gravitatorias y los campos de fuerza magnéticos estelares, construyendo las máquinas que os permitirían viajar de un planeta a otro, y nos anticipamos a ese día construyendo la máquina traductora de idiomas que facilitaría nuestra mutua comprensión. Esta máquina es la que ahora traduce mis palabras a vuestro idioma. Podéis hablar ante ese aparato en vuestra lengua. La máquina traducirá y nosotros os entenderemos».

Estas palabras surtieron un efecto mágico en Kirke Tarrant. La posibilidad de entenderse de palabra con los titanes tenía que facilitar forzosamente su tarea. Además, una raza de gigantes que había seguido el nacimiento y el desarrollo de la civilización terrestre sin inmiscuirse jamás en sus asuntos, que sabían que el terrícola les visitaría alguna vez, y aguardaban tranquilamente, no podían ser en modo alguno una raza hostil a la humanidad terrícola.

Con el corazón henchido de alegría, Kirke Tarrant dio un paso hacia el micrófono y contestó:

-La paz sea contigo y con todos los dignos hijos de Titania, honorable Ubaid. Mi nombre es Kirke Tarrant, general de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de Norteamérica. Éste es un día feliz para el ciudadano de la Tierra, ya que en esta fecha le ha sido dada a conocer la existencia de otra humanidad hermana a la suya. Doblemente feliz es este acontecimiento, porque el atribulado hijo de la Tierra, en el momento más dramático de su Historia, tiende su vista angustiada en derredor buscando con ansia la salvación que no puede encontrar en su propio planeta. Ésta es la verdad, honorable Ubaid. Durante siglos, el terrícola ha estado alzando sus ojos al cielo soñando en poder alcanzar alguno de los innúmeros mundos que pueblan el espacio. Ninguna ambición malsana le impulsaba a hacerlo. Sólo el deseo de satisfacer su natural curiosidad, de averiguar si en otros puntos del Universo habitaba una humanidad hermana, y tender un

puente entre ellas por medio de sus naves interplanetarias. Hoy le ha sido posible al hijo de la Tierra satisfacer este deseo tan largamente acariciado. El terrícola ha roto al fin la férrea cadena que le mantenía esclavo de la gravedad de su mundo y se ha lanzado al espacio tripulando las naves creadas por su ingenio. Pero, desgraciadamente, este primer viaje suyo al espacio no tiene por simple objeto satisfacer aquella, su antigua curiosidad. Las naves que hicieron concebir al terrestre quiméricos sueños, son ahora su única esperanza de salvación. Estamos en un tremendo apuro, honorables titanes. Un apuro del que solamente vosotros podréis salvarnos.

Kirke hizo una seña al titán encargado de la máquina traductora y dio un paso atrás para reunirse con sus compañeros.

-Ha estado usted magnífico, general -susurró Scurry.

-Demasiado teatral -aseguró miss Helen Spur.

Kirke se volvió para atravesarla de una mirada, en tanto la máquina traductora empezaba a repetir el discurso de Kirke en el incomprensible idioma de Titania.

En aras de la gravedad del momento, y para no ofrecer a los gigantes el espectáculo de una discusión estúpida, Kirke se tragó las palabras que le brincaban en la lengua y se puso a escuchar.

Los cinco gigantes que estaban sentados a la mesa escuchaban también con suma gravedad. Cuando la máquina acabó de traducir el discurso del general terrícola, el gigante llamado Ubaid se inclinó hacia adelante y habló unas breves palabras ante el micrófono.

Estas palabras, traducidas por la máquina al inglés, fueron:

-«En tus palabras va impresa una grande y profunda tribulación, terrestre. ¿Qué os ocurre? ¿Qué os preocupa? Habla. Nuestros oídos te escuchan y nuestro corazón está abierto a la comprensión y la amistad».

Estas palabras hicieron circular con mayor fuerza la sangre por las venas de Kirke Tarrant.

Un corazón bien dispuesto a la comprensión y unos oídos abiertos para escucharle era todo cuanto el joven general norteamericano necesitaba en aquellos instantes...

Y habló. Habló con vehemencia, con ardor, poniendo en sus palabras toda la persuasión de que era capaz describiendo sin apasionamiento las circunstancias que desencadenaron la Tercera Guerra Mundial, todo el horror de aquella lucha fraticida, para terminar diciendo:

-Nosotros, los vencedores, no podemos en verdad arrogarnos toda la razón y la justicia. Combatimos por la propia supervivencia, defendiendo una causa que considerábamos justa, e igual hicieron nuestros enemigos. Dios, en su día, juzgará en última instancia de parte de quién estuvo la razón. Ahora, hoy, vencidos y vencedores estamos amenazados del mismo peligro. La insensata prodigalidad con que unos y otros hicimos estallar

nuestras bombas de hidrógeno ha conducido a que la atmósfera de nuestro planeta haya quedado envenenada de mortal radioactividad. El exterminio total de la vida sobre la faz de nuestro mundo es irremediable, según estiman nuestros hombres de ciencia. No disponemos de medios para arrancar el «Strontium Noventa» del aire, o para evitar que sus efectos sean nocivos al organismo. Nuestra humanidad no ve en estos momentos más salida que evacuar en masa el planeta. Por eso estamos aquí. Vinimos en busca de un refugio, y lo encontramos. Se llama Titania. Pero Titania está habitado. Cuenta con su propia humanidad, la vuestra. En vuestra mano está por lo tanto que más de mil quinientos millones de seres humanos perezcan o se salven. Vosotros conocéis quizá de algún procedimiento para limpiar de radioactividad nuestra atmósfera, o bien para hacernos inmunes a ella. Si esto no fuera posible la humanidad terrícola sólo podría salvarse viniendo a refugiarse en vuestro mundo. En cualquiera de los casos considerad nuestra súplica con magnanimidad. No estáis obligados a ayudarnos, es cierto. Pero si en vuestros corazones vive el amor fraternal de toda criatura humana hacia sus semejantes... entonces... tenednos piedad, hijos de Titania. ¡Piedad para la Tierra!

CAPÍTULO VIII

De regreso de la entrevista con aquel «Encargado de Asuntos Interplanetarios», los terrícolas tiritaban en la oscuridad mecidos por el movimiento de cabeceo que los pasos del gigantesco porteador imprimían a la caja.

-Decir fríamente que elevarán nuestra súplica al Consejo Superior no es respuesta adecuada para un discurso tan bueno como el de usted, general -refunfuñó el comandante Scurry en la oscuridad.

-Puede que no resultara todo lo persuasivo que yo esperaba -contestó Kirke amargamente-. A la señorita Spur no le gustó.

Siguió un breve silencio. En el aire se palpaba el disgusto de los ocupantes de la caja. Finalmente se escuchó a miss Helen Spur que se aclaraba la voz con carraspeo y decía:

-No me pareció muy bueno al principio, pero lo consideré magnífico al final. Si los titanes nos niegan el derecho de asilo en este mundo no será ciertamente porque usted no se mostraba elocuente, general.

-Gracias por el cumplido -refunfuñó Kirke-. Viniendo de usted deberé aceptarlo como sincero.

Y de nuevo volvieron a quedar en silencio.

Los dedos del titán que les llevaba frotaron en el fondo de la caja. Un golpe indicó a los yanquis que acababan de ser depositados sobre algún mueble.

Casi enseguida experimentaron una suave sensación de subida.

-Estamos a bordo de una aeronave -dijo Scurry-. ¿No les parece extraño que los titanes nos hayan invitado a regresar a nuestro propio «orbimotor»?

-¿Por qué extraño? -contestó Hartley-. Es el mejor sitio para nosotros, y los gigantes no temen que nos escapemos. Si lo hiciéramos no haríamos más que demostrar que habíamos inventado toda esa historia del envenenamiento radioactivo de la atmósfera terrestre.

-Desde luego, aguardaremos -dijo Kirke.

El viaje por el aire fue breve. Unos minutos más tarde la caja era tomada de nuevo y bajada de la aeronave titánica. Les depositaron en el suelo. Una mano arrancó la tapadera de la caja. Los yanquis se encontraron de pie sobre el hielo, a pocos pasos de su «orbimotor», el cual se recortaba en silueta contra el gigantesco disco de Urano, que estaba subiendo en el horizonte.

Los terrícolas entraron en el aparato bajo la atenta mirada de los gigantes que les habían traído. Todas las luces de a bordo estaban encendidas.

Una sensación de «estar en casa» se apoderó de los norteamericanos apenas pusieron pie en su propia aeronave. Inmediatamente se prepararon

para cenar, lo cual hicieron en una atmósfera de profundo escepticismo.

La razón de este pesimismo provenía tanto de la esquiva respuesta de los titanes: «Elevaremos vuestra súplica al Consejo Superior. Podéis aguardar la respuesta en vuestro aparato», como de una visión más equitativa del caso.

Los titanes se encontraban confortablemente establecidos en su pequeño mundo. ¿Por qué iban a molestarse en ayudar a unos locos incapaces de vivir en paz en su propio planeta, más grande y mejor dotado por la Naturaleza que aquel satélite de Urano? ¿Por qué iban a dejarse invadir de mil quinientos millones de enanos enfermos, hambrientos, pendencieros, maleducados e insolentes?

-Una raza de gigantes con una civilización tan antigua, que conocen nuestra existencia desde hace un millón de años y ni siquiera se molestaron en hacernos saber su existencia, sólo pueden sentir desprecio o indiferencia hacia nosotros -aseguró Kirke cuando tomaban el café de sobremesa.

La conversación languideció pronto. Juzgando por su propio cansancio y malhumor la fatiga de los demás, el general se levantó anunciando que podían irse a dormir.

Hartley, Kirke, Scurry y la señorita Spur ocuparon cada una de las cuatro literas disponibles, Milford y el capitán Porter se recostaron en los sillones de los pilotos, que eran extensibles y mullidos, y el sargento Ellis se fue a dormir en el pañol sobre una pila de mantas.

Aunque se desnudó para mayor comodidad, en vano trató Kirke de conciliar el sueño. La excitación de las últimas horas, por un lado, y las preocupaciones y el café por el otro, le tenían desvelado.

Algo parecido debía ocurrir a la mayoría de la tripulación. Oyó rebullir al profesor Hartley en la litera de abajo. El capitán Porter cruzó el «rancho» en dirección al lavatorio. Luego fue Milford quien entró en la cocina para disolver leche condensada en un vaso de agua.

Cuando todos los ruidos se aquietaron en la cabina, Kirke Tarrant se vistió el «mono» y abandonó la litera. Fue de un lado a otro sin un objeto determinado. Finalmente, aburrido y malhumorado, se puso las prendas de abrigo, se calzó los guantes y salió del aparato.

Hacía frío; un frío seco y cortante como un cuchillo. El gigantesco disco de Urano había pasado ya por el cenit y descendía hacia el horizonte. En otro punto del cielo, otra de las lunas de Urano titilaba en forma de hoz. Brillaba la inacabable llanura de hielo como un espejo y las estrellas centelleaban a través de la poco densa atmósfera de Titania, seca y poco propensa a la formación de nubes.

Kirke se puso a pasear dando vueltas al «orbimotor». No llevaba mucho tiempo allí cuando vio una figura que saltaba del aparato, se detenía un momento como oteando la llanura y echaba a andar hacia él.

Pese a las ropas de abrigo que abultaban y deformaban su esbelta silueta, Kirke reconoció a miss Helen Spur.

La evocó con nostalgia aquel día que le entrevistaron los periodistas, quince días después de haber terminado la guerra. Y aunque no se sentía esencialmente distinto de entonces, se le antojó otro general Tarrant aquel que se detuvo para admirar la esbelta silueta de la periodista rubia.

Miss Spur se llegó hasta él y dijo:

-¡Hola! No podía dormir. ¿Admite la compañía de otro noctámbulo?

-¡Oh, desde luego! -exclamó Kirke sorprendido.

Empezaron a pasear lentamente dando vueltas al «orbimotor».

-General Tarrant -dijo ella al cabo de un buen rato-. Creo que le debo algunas explicaciones. Su labor como responsable de la expedición y embajador del planeta Tierra ha sido magnífica, pero yo... no he sido... ¡bueno! Digamos mejor que no he querido reconocerla hasta ahora.

Kirke se volvió a mirarla con sorpresa y ella exclamó:

-¡Oh, no me mire así! No soy tan mala como usted cree.

-Nunca creí que fuera usted mala. Sólo cargada con un exceso de prejuicios.

-Sí, sí... Ya me lo dijo en cierta ocasión. Y mire, estaba usted en lo cierto. Había formado yo una mala opinión de usted y no quería volverme atrás. Soy bastante terca, ¿sabe? No hay quien me apee de una idea cuando me empecino en ella. Pero soy honrada también. Así que quiero reconocer mi equivocación y decirle...

-Por Dios, Helen -dijo Kirke riendo-. Olvídese de ello. ¿Qué importancia tienen ahora nuestras querellas?

-Es que quiero decirle que yo... ¡le admiro! Sí, le admiro mucho. Es usted un tipo fantástico, y así lo haré constar cuando escriba mi reportaje.

-No diga tonterías, Helen -refunfuñó Kirke malhumorado, si bien que interiormente halagado-. No soy ni mejor ni peor que los otros muchachos que han ido a Venus, a Marte y a los demás planetas al frente de una expedición. No quiero que diga nada de mí en su artículo de prensa. Además... No creo que la gente de allá esté para reportajes sensacionalistas. De nuestra expedición sólo les interesará el resultado. Y si es negativo, como me temo... ¡La gente va a vivir en adelante pensando en la muerte, y nada más que la muerte!

Miss Helen Spur calló, hundiendo la barbilla en el pecho. Al cabo de unos minutos de silencio preguntó:

-¿Se siente usted pesimista en cuanto al resultado de nuestra embajada?

-Temo hacerme ilusiones, eso es todo.

-¿Teme usted por todos nosotros... por los que probablemente no tendremos la suerte de alcanzar una plaza en esa Arca de Noé Cósmica que se construirá si los titanes nos niegan el derecho de asilo?

-Naturalmente, no temo por mí. Mi plaza parece bastante segura en esa Arca de Noé moderna.

-Sí, bastante segura -murmuró la periodista. Y después de una pausa agregó-: ¿Sabe usted, general? Posiblemente la razón de que empezara detestándole fuera el conocer su enorme suerte. No quiero decir con esto que la suerte sea su único mérito. Pero de todas formas la tiene usted, reconózcalo.

-Lo reconozco. Siempre fui un hombre afortunado.

-A mí me ponen frenética las personas afortunadas... Envidia, naturalmente. Yo nunca tuve suerte. Nací en un hogar pobre, de una mujer hermosa y con escaso sentido común, la cual vivía descontenta de su suerte y siempre estaba echándole en cara a mi padre el no poder proporcionarle los lujos y las diversiones para los que se creía destinada. Mi hogar fue un hogar desdichado. Mi madre se escapó con otro hombre, mi padre se divorció de ella, y mi hermano y yo nos vimos a los diez años, sin padres y sin hogar. Papá, que era viajante de comercio, siempre andaba fuera de casa y pasaba largas temporadas sin que le viéramos ni nos mandara dinero. Fred, mi hermano, vendía periódicos y hacía pequeñas faenas en el barrio. Yo me ocupaba de mantener el decoro de la familia, porque vivíamos en un pueblo, y de conseguir nuevos plazos del casero, de la compañía de electricidad y de todos los que venían chillando y esgrimiendo facturas. Papá se casó al fin con una viuda más vieja que él, la cual tenía una pequeña fábrica y pertenecía a la «buena sociedad» local. Esta mujer tenía sus propios hijos, sus costumbres y sus amistades. Fred y yo, criados en la calle, no encajábamos en aquel hogar extraño. A poco de estar allí, Fred se marchó para tomar un empleo en otra ciudad. Yo acabé por marcharme también. Creo que papá dio un respiro. Durante un par de años me mandó algún dinero, siempre escaso, para que pudiera seguir mis estudios en la Escuela de Periodismo. Me empleé en un periódico que tenía a un sádico por director. Cierto día le rompí un cacharro en la cabeza defendiéndome de sus melosas atenciones. Me despidieron. Tuve un novio y resultó que era casado. A otro novio que tuve lo mataron al empezar la guerra. No tuve suerte en mi profesión. No la tuve en nada. Sin que pueda considerárseme una desgraciada, mi vida está llena de esos pequeños y repetidos fracasos que acaban por hacerla a una profundamente pesimista. Por eso me molestan las personas afortunadas.

Kirke Tarrant asintió con profundos movimientos de cabeza.

-Realmente, debe de ser un fastidio eso de ir tropezando continuamente. A mí, la más pequeña contrariedad me pone de mal talante -murmuró.

-Usted no sabe lo que es eso. La suerte le acompañó a lo largo de su carrera... y le seguirá acompañando. Los titanes pueden no sentir el menor deseo de ayudarnos. Pero sólo por el hecho de estar yo con usted accederán

a todo lo que usted quiera. Y se apuntará un nuevo y resonante triunfo.

-¡Cómo! -exclamó Kirke riendo-. Creí que sería todo lo contrario. ¿No dijo usted que tiene mala suerte?

-Sí, y eso es lo bueno. Yo ejerzo con las personas una función parecida a la del pararrayos. Cuando me junto con alguien atraigo hacia mí todas las desgracias, y le doy la suerte a mi socio. Le apuesto lo que quiera a que sale usted triunfando de esta embajada.

Kirke se echó a reír.

En este momento, una sombra compacta cayó sobre la pareja al interponerse un objeto voluminoso entre ellos y el plateado disco de Urano. Al levantar los ojos vieron una aeronave titánica que flotaba majestuosamente en el aire con todas sus luces de navegación encendidas.

-¡Un «orbimotor» titánico! -murmuró Kirke-. ¿Qué querrá?

La gigantesca máquina estaba aterrizando. Mientras descendía hizo sonar una sirena.

-Volvamos a nuestro aparato -dijo Kirke-. Puede que nos busquen a nosotros.

Se habían alejado bastante. Al llegar junto al «orbimotor» la aeronave titánica, enorme como un acorazado terrícola, se posaba sobre el hielo. El alarido atrajo al sargento Ellis, a Milford y al capitán Porter. Todos éstos dormían vestidos y no tuvieron más que echarse encima los abrigos y asomarse a la escotilla.

Miss Spur y Tarrant se reunieron con los tres hombres al pie de la proa del «orbimotor». Un titán se apeó de la monstruosa aeronave y se acercó.

¡Zas! ¡Zas!

Cada una de sus zancadas medía lo menos ocho metros. El gigante se detuvo ante el «orbimotor» terrícola, se inclinó y tendió un sobre de gran tamaño.

Kirke lo tomó. Se trataba de un gran pliego de papel. El general lo desdobló y el sargento Ellis alumbró con su lamparilla eléctrica.

En grandes caracteres de máquina, con tipos terrícolas y en inglés se leía lo siguiente:

«Al señor Kirke Tarrant, General de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de Norteamérica (La Tierra).

«Reunido el Consejo Superior del Estado Libre de Titania (Satélite de Urano), y presentada la solicitud oral del Honorable General representante de la nación terrícola, en petición de socorros urgentes o derecho de asilo en este Estado, el Consejo acordó por unanimidad atender a la súplica terrícola en el sentido de expedir al planeta Tierra equipo especial técnico-científico para estudiar las posibilidades de limpiar de radioactividad la atmósfera de la Tierra. También acordó el Consejo conceder asilo a la totalidad de la población terrestre por un tiempo máximo de un año, en el

caso que la imposibilidad de limpieza de la atmósfera hiciera recomendable o necesario el éxodo en masa de la población terrícola a otro mundo. Así lo afirma y se compromete a prestar esta ayuda el Consejo Superior en representación del pueblo de Titania, en nombre de la confraternidad entre todas las razas humanas, y especialmente entre las razas hermanas de Titania y la Tierra.»

Casi una docena de rúbricas ocupaba el resto del papel mecanografiado.

-¡General! -gritó Helen Spur colgándose del brazo de Kirke-. Lo ha conseguido usted. ¿No se lo dije? ¡Yo doy buena suerte a mis amigos! Ha ganado usted. Los titanes barrerán de radioactividad la atmósfera de la Tierra o nos darán asilo en este mundo.

Kirke Tarrant se quedó mirando a las espaldas del gigante que regresaba a la enorme aeronave. Casi no podía creer en tanta suerte. Ellis, Porter y Milford le estrecharon la mano emocionados, murmurando felicitaciones como si realmente fuera exclusivamente suyo el éxito de la empresa.

El comandante Alan Scurry y el profesor Hartley asomaron por la escotilla inquiriendo las causas del alborozo.

-¡Lea aquí, profesor! -gritó Milford poniéndole el documento ante los ojos.

Hartley leyó con voz temblorosa por la emoción y exclamó:

-¡Bravo, general! Esta promesa colma todas nuestras esperanzas. Le doy mi más cordial enhorabuena.

Kirke Tarrant, que había quedado frío y como decepcionado, se pasó la lengua por los labios.

-Yo no lo veo todo tan claro -murmuró-. ¿Qué significa en realidad eso de que sólo nos darán asilo durante un año? Necesitamos lo menos un siglo hasta que la radioactividad haya desaparecido por completo de la Tierra.

-Con ochenta y cuatro años bastará, seguramente -dijo Hartley.

-¡Pero si aquí pone UN AÑO! -gritó Kirke señalando el documento.

Helen Spur, Porter, Scurry y Ellis se quedaron helados.

-Es verdad -murmuró Porter-. Lo dice bien claro. Sólo un año.

-¡Vaya! -contestó Hartley riendo-. Ese documento ha sido redactado en Titania, ¿no es cierto? Pues así hay que entender ese AÑO por año de Urano. Y el tiempo que Urano invierte en dar una revolución completa alrededor del Sol equivale a... ¡Ochenta y cuatro años terrestres!

-¡Toma, pues es verdad! -gritó Kirke pegando un brinco de alegría.

Pero aquel brinco, debido a la escasa fuerza de gravedad de Titania, llevó al general a darse un tremendo golpe en la cabeza contra la visera de la proa del «orbimotor». Kirke quedó atontado en el suelo, dando origen a un pequeño revuelo a su alrededor.

-¡No es nada... no es nada! -aseguró Kirke apartando a sus solícitos

compañeros y tentándose el chichón que empezaba a crecerle-. Vamos, Scurry. Todos a bordo. ¡Salimos PITANDO hacia la Tierra!

En alegre tropel, los expedicionarios treparon por la escalerilla hasta la cámara de derrota. Unos minutos más tarde, Alan Scurry y Kirke Tarrant estaban ante el monstruoso cuadro de instrumentos apretando botones y comprobando esferas.

La pantalla de televisión empezó a funcionar y la primera panorámica que ofreció a los astronautas fue la del gigantesco disco de Urano brillando en el cielo nocturno de Titania, recortando en silueta la astronave titánica que se alejaba.

-Buena luna para hacerle el amor a una muchacha bajo ella, ¿eh, miss Spur? -rió Kirke mirando a la periodista-. Nunca dejaré de lamentar que la pronta respuesta de nuestros amigos los titanes me impidiera decirle cuatro lindezas al oído.

-Buena cosa es tener un pretexto para esquivar una obligación -repuso la muchacha con desenfado.

-¡Yo jamás eludo un deber! -aseguró Kirke de buen humor.

-Entonces queda usted formal y oficialmente citado a enfrentarse conmigo bajo la luna de Kansas City, general Tarrant.

-¡Oh, la luna de Kansas! -exclamó Kirke-. Aquella está hecha a nuestra medida. No es una luna grandota como la que alumbra a los gigantescos enamorados de Titania, pero a mí me gusta más.

-Y a mí también -dijo Alan Scurry-. Ya estoy deseando volverla a ver. Así, general, que si ya ha contemplado bastante rato la de este mundo... podemos marcharnos.

-Adelante, muchacho. Embraga esa turbina y no pares hasta ver el tejado de tu casa. ¡Y ojalá no tengamos que venir nunca a este satélite para habitar en cajas de zapatos y hacer el amor a nuestras muchachas tiritando bajo la luz de esa monstruosa luna que aquí se llama Urano!

-¡Pues allá voy!-gritó el comandante Scurry empujando una palanca.

Zumbó la turbina generadora de electricidad, impulsada por la energía atómica. Una fila de pequeñas luces rojas brilló intermitentemente en el tablero de instrumentos. El «orbimotor» empezó a elevarse, lentamente al principio, para ir cobrando velocidad a medida que se internaba en el cielo constelado.

El Sol, lejano y convertido en rutilante estrella, se alzaba en el horizonte sobre la inmensa llanura de hielo para alumbrar con sus débiles rayos aquel mundo crepuscular, sede de una segunda, gigantesca, antiquísima y súper civilizada Humanidad.

FIN

«... acaso encuentres el paraíso en la Tierra o maldigas mi nombre al enfrentarte con una visión de pesadilla».

¡Vuelve LARRY WINTERS!... Y vuelve para presentarnos la más sugestiva y fantástica novela de cuantas han salido de su mente creadora:

DESPERTAR EN LA TIERRA

Alucinante, irreal, reflexiva, estremecedora y al mismo tiempo tangible, así es la historia de Mihaly Barlai, del hombre que vino a

DESPERTAR EN LA TIERRA

para reconocer como ciertas las palabras de un viejo científico.

Al calor de una teoría científica surge arrolladora la acción bajo la pluma inspirada de

LARRY WINTERS

en la magnífica obra que en su próximo número les ofrecerá la

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.